Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX — San José, Costa Rica **1929** Sábado 12 de Octubre — Núm. 14

Año XI. No. 468

SUMARIO

LOS GRANDES Y LOS SABIOS

La pobreza de Luis Vives

Con motivo de la reedición de sus Diálogos.



Juan Luis Vives

VUELVEN a salir, entre españoles, a la luz pública los *Diálogos latinos*, de Luis Vives, en la traducción del valenciano Cristóbal Coret. Confirmación de su esperanza en la inmortalidad es para los sabios y para los héroes esta memoria de las nuevas generaciones al cabo de los siglos. ¡Si despertaran muchos grandes hombres que soñaron con la gloria y murieron luchando por ella; si despertaran y viesen que su sacrificio fué vano, pues nadie se acuerda ni de su nombre! ¡O se acuerdan algunos, para volverlo a borrar! No. Este no ha de ser el móvil de las nobles y generosas acciones; ni tampoco de los esfuerzos continuados que un hombre de estudio realice por el descubrimiento de la Verdad, como decían los contemporáneos de Luis Vives: por experimentación y ensayo, como nos contentamos con decir hoy. Los *sabios* se sacrifican hoy sin el alarde de personal de otras épocas. Su heroísmo, como el de las trincheras, ha pasado a la masa. Los investigadores rusos, que siguen trabajando antes y después de los *soviets*, casi no tienen nombre. No les importa. Persiguen un fin. Un ideal.

Para Luis Vives, que logró tiempos más individualistas, la pobreza fué dura prueba, de la que salió íntegra y victoriosa su dignidad. Se cotizaba mal en el siglo XVI la ciencia desinteresada. Cuando no quería ponerse al servicio de un amo. Fué menos dúctil que Erasmo, gran señor de las letras, que cuando era preciso sabía humillarse ante el poder, y aun que el propio Tomás Moro, víctima no tanto de su rigidez como del peligroso juego en que se aventuró.

El Filósofo, concepto puro en abstracción, es hombre, vive entre hombres y está sujeto a debilidades de hombre. Se le prende, cuando conviene; se le juzga, se le condena, y, si molesta mucho, se le cuelga o se le corta la cabeza. La suerte de Tomás Moro no llegó a sufrirla el español Luis Vives; pero tampoco tuvo mando y fuerza, como él, sino que se limitó a enseñar, a profesar su ciencia, algunas veces con agrado y premio de los reyes.

«Su patria fué Valencia, la noble, que llaman del Cid; nacido el año 1492, a lo último de la calle de la Taberna del Gallo», que luego fué Torno viejo de Santa Tecla. Su madre, Blanca March, valenciana. «Fué de los Vives que vinieron de Cataluña a nuestra conquista—dice el valenciano Coret—y se radicaron en Valencia, en que vivían en clase de Generosos. Estudió en su Patria, después de la Escuela, un poco de mal latín, siendo sus maestros Daniel Sisó y Jerónimo Amiguet...» *Los Sofistas* no permitieron que Vives enseñara en Valencia, porque temían su ruina. Policía infernal que se ha practicado muchas veces contra otros ingenios de provecho, para que se encubra la ignorancia y queden los puestos inútiles para el público». Pero en el prólogo de la traducción de Coret no está la historia de los tiempos de pobreza que atravesó Luis Vives. Había empezado a interesarse en los sucesos, guerras, contiendas políticas y calamidades públicas que asolaban a Europa — origen de toda malaventura para los filósofos esta preocupación de la injusticia presente—. Había escrito ya su obra *Sobre la concordia y discordia del género humano*, dirigida al Emperador Carlos V. Pero bastó que como español se inclinara a la defensa de la reina Doña Catalina de Aragón para que sufriera el castigo del amo. Vives, reducido a la mayor estrechez, tuvo que refugiarse en un camaranchón del palacio de Enrique VIII, donde su noble frente tocaba en el techo y carecía hasta de mesa donde escribir.

Escribía a Miranda una carta latina: «Véome, sobre todo, en la precisión de mirar por mi salud, y más aquí, donde, si llego a enfermar, me echarán en un muladar, y no tendré ni aun quien me mire, como si fuera un perro enfermo...» Luego, ante una respuesta muy digna dirigida a las bárbaras pretensiones del rey, que a toda costa quería la aprobación de los hombres de mérito, fué encerrado Vives en un calabozo, y sólo salió para volverse al Continente, a Brujas; y allí, abandonado también por la reina, su protectora, escribe: «...No sé cómo he podido mantenerme estos tres años, aunque entiendo que vale más lo que dé Dios, insensiblemente, que lo que se saca de los hombres en tanta bulla.» Pobre, enfermo, atacado de gota, Luis Vives no llegó a los cincuenta años.

La Filosofía estaba unida aún, como una perla más de la corona regia, al fausto, mejor dicho, al servicio palatino. En la relación del Pensamiento y del Poder, que a costa de grandes trabajos fué variando, modificándose, hasta perder las ataduras, ¿qué resta de la vieja sumisión? Entre la vida de Erasmo, o de Luis Vives, y la de Bergson, por ejemplo, ¿qué semejanza hay? Si el Estado substituye a la Realeza, ¿no queda un margen dilatadísimo para que no llegue nunca a la tragedia la pobreza del Filósofo?

L u i s B e l l o

(*La Esfera*, Madrid.)

Joven estudioso, hágase de estas obras de nuestro Luis Vives y medítelas:

Tratado del alma. Edición de LA LECTURA. Madrid.—*Tratado de la enseñanza.* Edición de LA LECTURA. Madrid.—*Diálogos.* Edic. Calpe *(Colección Universal.)*, Edición de la BIBLIOTECA DE FILÓSOFOS ESPAÑOLES, Edición de la Edit. PROMETEO. Valencia, España.—*Instrucción de la mujer cristiana.*—*Introducción a la sabiduría.* BIBLIOTECA ESTRELLA. Madrid.—*Tratado del socorro de los pobres.* Editorial PROMETEO. Valencia. España.

Llega a ser el que eres

= De *La Nación*. Buenos Aires =

Los extranjeros, quiero decir los no hispanoamericanos que visiten la Exposición de Sevilla llevando consigo, no sólo los ojos, sino toda la cabeza, habrán detenido o detendrán su meditación sobre un *producto* para el cual no ha habido necesidad de levantar ningún pabellón ni quiosco. Está en cada uno y fuera de todos y es, además, el único con el que todo visitante se ve forzado a intentar el trato: la lengua española.

* * *

¿Española? Así la llamamos y la quisiéramos oir llamada; pero por motivos opuestos a los erizados por los recelos peninsulares y extrapeninsulares. No por exclusivismo, sino por librarla del falso exclusivismo provinciano que la denominación de «castellana» le da. Verdad que al formarse nuestra lengua literaria, sobre la cual se ha ahormado nuestra lengua común, fué el castellano la materia prima, como lo fué el toscano en Italia y el dialecto de la isla de Francia en Galia. Francia, observa con clarividencia Menéndez Pidal, dió su nombre a toda la nación, y francés llamamos por eso a su idioma común; Toscana no dió su nombre a la península mediterránea, y el idioma literario y general de Italia no se llama toscano, sino Italiano. Castilla es como Toscana, no como Francia. Pero es que, además, nuestra forma más culta de lengua arrancó, cierto, de la modalidad idiomática de las gentes castellanas; pero no se identificó con ella. Desde ese momento en Castilla, como fuera de Castilla, ha habido personas habituadas al hablar culto y general a toda la nación, y personas sin más normas idiomáticas que las ceñidas al terruño donde transcurre su vida. La lengua literaria y general vuela a otra altura. Y el habla de los cultos de toda España y el habla de los labriegos castellanos siguieron en direcciones distintas desarrollando su respectiva evolución. Si fuera verdad, como gustaba de imaginar la lingüística del siglo XIX, que las lenguas son seres vitales que guardan en sí mismas los gérmenes de sus inevitables desarrollos, hoy tendríamos entre el castellano y el español una superposición omnilateral. Pero las lenguas no viven por sí, sino que son meros productos del espíritu de los parlantes. Y los castellanos que quedaron de generación en generación bregando con sus glebas y dirigiendo miradas alternas a sus terrones resecos y a su cielo implacablemente azul, constituían un tipo de humanidad bastante distanciado del que, entre ocupaciones librescas y en la conversación de las ciudades de toda España, fué forjándose a su vez un adecuado instrumento de expresión y participación. Hoy el toscano y el castellano son ya distintos del italiano y del español. Nuestra lengua literaria y general partió de la modalidad castellana, salvo algunas discrepancias ahora inimportantes; pero no se ha ido formando por castellano exclusivamente, sino por los parlantes más dotados, cualquiera que fuese su procedencia peninsular o americana, en colaboración y corresponsabilidad que no sólo han existido cuando a todos nos dolían los mismos dolores españoles, sino después. He aquí tres puntos, excluyendo los peninsulares, que nos bastarán para determinar la condición sobrecastellana de nuestro plano idiomático: Alarcón, Garcilaso el Inca, Rubén Darío. Por esto queremos llamar a nuestra lengua «española» como rótulo más amplio, ya que «hispano-americana» no sería un nombre, sería un tratado.

* * *

Pues bien. Esto, esto de que el español sea una lengua de civilización potenciada por veinte naciones es lo que va a detener la meditación del visitante extranjero de la Exposición Hispano-Americana. Y lo que le va a hacer pensar que en este mundo tan pequeño los hispano parlantes ocupan un área demasiado extensa para que no se tenga en cuenta su pensar y su sentir.

Pero ¿es posible un pensar y un sentir de cuño hispano-americano, cuando apenas hallamos dos hombres de sentir y pensar homogéneos? Nuestro extranjero así lo ve. Cada nación hispánica y cada individuo, dentro de su nación, se complace en hacer valer sus diferencias; pero a la distancia de un idioma, debemos ofrecer fisonomías bastante emparentadas.

No es nada fácil exagerar la eficiencia de las lenguas en el moldeamiento mental de sus parlantes. A primera vista parece que nuestro pensamiento precede a la palabra con vida independiente, y que la palabra es, por lo tanto, solamente un signo convencional de referencia. Papel moneda. Sí que lo es, pero no «solamente». Claro que, en cierto modo, todo pensamiento es una síntesis; pero nuestros juicios y raciocinios y hasta la conciencia plena y responsabilizada de nuestras voliciones, por producirse como consecuencia de nuestro relacionar, no son posibles hasta haber disgregado esa síntesis en individualidades que pueden entrar en relación. Pues bien; el intento de desarticular lo global de nuestro pensamiento, si sólo se encomendara a la musculatura intelectual de cada hombre, no tendría éxito más que en los casos de genialidad cuasidivina. Tiene que venir la lengua, acumulación milenaria de diminutos, pero triunfantes, intentos individuales, a regalar al niño balbuciente el orden, la diferenciación y la dependencia entre los conceptos y entre las cosas. La lengua nos fué enseñando a ver el mundo, a comprenderlo y a sentirlo de cierto modo. Nuestro pensamiento, sin los apoyos verbales, es una masa amorfa de substancia ingrávida, de contornos imprecisables y de volumen inquieto. Y esta masa movediza, cuando es encerrada en las cajas expectantes que son las palabras, cobra obligatoriamente perfiles más determinados y como una consistencia y estatismo suficientes para la intercomunicación.

Otra vez es cierto que nuestro único modo de poseer es limitarnos. Pero cada lengua cumple a su modo estas limitaciones. El contenido espiritual de una palabra en un idioma sólo recubre parcialmente el de su correspondiente traducción a otra lengua, y dos giros intertraducibles de sendos idiomas son dos visiones diferentes de un mismo paisaje. Por un lado, diremos, volviendo a nuestro símil, cada caja se ve en el trance de dejar fuera algo de lo pensado, lo cual para ser percibido necesitará ser meditado con esfuerzo personal, porque el hábito de dejarlo fuera ha creado en las mentes el de operar sin ello; por otro, cada caja guarda en su claustro el perfume multisecular de las instantáneas reacciones emocionales que la aparición de esa palabra en la frase ha despertado en los coparlantes.

Un hispano—¿quién no ha sido alguna vez héroe de esta experiencia?—convive ocasionalmente con gentes de otra lengua. En los inevitables rozamientos de la convivencia, sucede a menudo que su manera de reaccionar ante los hechos llena de asombro a sus transitorios compañeros de vida. Y tras la parada primera del estupor, la mente de éstos sólo acierta con una clave explicativa del suceso: *¡Spanish!* o *¡Spanisch!* Nuestro héroe se indignará; su reacción es demasiado íntima, demasiado entrañable para que se la interprete ni siquiera como típica de su misma patria, cuanto menos de un grupo de naciones. Pero, a su vez, nuestro héroe tiene que sorprenderse de la sorpresa de los otros: Sabe que entre los suyos su reacción hubiera sido automáticamente consentida o repelida, esto es, comprendida. Otros hispánicos hubieran estado en el secreto de las ocultas ruedecillas que movían los indicadores de aquel reloj.

Cada lengua opera con determinados supuestos, admitidos sin examen, obedecidos sin sospecha de error, que son como el suelo que pisan nuestras plantas, diría Ortega y Gasset, y que por eso mismo no se ven. Las personalidades fuertes se revelan contra algunos de estos supuestos y los denuncian, pero justamente eso constituye la razón niveladora de los resultados: cada individualidad trata de actuar con su denuncia sobre sus coparlantes, y en los casos de triunfo, la rectificación corre eléctricamente por toda la instalación idiomática.

La lengua, y no la experiencia, es nuestro capital instrumento de conocer. La experiencia rectifica y comprueba; pero es bien sabido que el conocimiento del niño va más de las palabras a las cosas que al revés. Basta esta consideración para comprender que con el lenguaje se impone al niño, se nos impone, una *weltanschau* recibida desde fuera, regalada.

La lengua común es lo que determina que Hispano-América tenga un modo común de ver el mundo, un modo de ser común, una *cultura* especifica, nivel sobre el cual alzan sus desiguales estaturas las regiones, las capas sociales y los individuos. La lengua, con las innumerables hormas virtuales de nomenclatura y de su estructura, moldea el modesto número de pensamiento diferenciable de cada individuo (modesto es el número de potenciaciones de esas virtualidades idiomáticas que cada individuo alcanza a cumplir; sobre la mesa tengo un estudio comparativo de los vocabularios de Maupassant y de Mérimée: el primero manejó en sus escritos 2642 palabras, el segundo 2833. Nuestro Vasconcelos, en cambio, echa de menos en el español medio millón de palabras que le faltan para poder decirnos 500.000 ideas que todavía no ha logrado expresar por esa causa). Y cuando los más dotados y prestigiosos, forzando los viejos moldes, logran triunfalmente acomodar mejor una parcela de la lengua a las necesidades nuevas del pensamiento, la lengua gana otra vez, porque utiliza la violencia de que ha sido

objeto para crear sobre ella un molde nuevo que se ofrece ahora a todos los individuos del grupo lingüístico como un bien mostrenco. La lengua legaliza esas revoluciones; es más, las lenguas viven en la medida en que hacen triunfar esas revoluciones.

Comunidad de lengua es comunidad de *cultura.* 1°. porque la lengua ahorma la mente y 2°. porque es el conductor más sensible de toda variación de temperatura espiritual, el más seguro sistema de vasos comunicantes.

* * *

Por ser esto así, la lengua es el aglutinante decisivo, inexorable en los momentos de las resoluciones solemnes. Conocemos una gran comunidad humana, como el Imperio de Roma, sobre cuya ancha superficie fueron goteando su diferenciado fermento dos lenguas de civilización: el griego en la mitad oriental y el latín en la mitad occidental de la cuenca del Mediterráneo. A no dudar, el Imperio Romano, como individuo histórico, tiene una esencia irreductible, unas cualidades inalienables que, no sólo constituían su espíritu durante la perfecta parábola de su existencia, sino que hoy y siempre perdurarán como el contenido mental de las palabras «Imperio Romano». Pero cuando otras esencias germinadas de aquélla comenzaron a apuntar su personalidad, quiero decir cuando aquella unidad entró en disgregación, la primera y gran quebradura se escindió en la articulación de las dos lenguas latina y griega: el Imperio de Occidente y el Imperio de Oriente. ¿Meras necesidades estratégicas? ¿Meras conveniencias administrativas? Ah, no. Por consideraciones de ese género se violentó la natural agrupación occidental de la Dacia, la última región latinizada, y desde entonces, roto su cordón umbilical con el mundo latino, aquella región navegó a la deriva como un matalote; y la Rumanía actual, tras tantos siglos de incomunicación, apenas puede ya decir a sus hermanas latinas palabras inteligibles. Pero hay más: en el cuerpo del Estado Romano, aprovechando su sistema circulatorio, se había infundido otra, —impalpable— realidad histórica, el cristianismo. El cristianismo no estaba, como el Imperio Romano, en el trance de desdoblar su ruina para sostenerse con apuntalamiento recíproco, antes bien se nos aparece como en la expansión ascendente de su luz matinal. Y, sin embargo, por las articulaciones idiomáticas greco-latinas ocurrirá la primera gran escisión religiosa: la iglesia griega frente a la iglesia romana. Y el paralelismo no acabará ahí. Cuando el Renacimiento empezó a trasmudar las escalas valorativas por las cuales había medido el hombre medieval la importancia de las cosas, fué uno de los problemas más urgentes y generales el de la actitud del hombre frente a la religión. En Italia, en España, en Francia, el problema se siente en un principio, lo mismo que en Alemania y en Inglaterra, como un numeroso conflicto individual; pero bien pronto urge en las mentes con la presión centuplicada que le da el engranaje con los demás problemas de la convivencia. Ya no puede confiarse su solución a la responsabilidad ocasional de cada uno. Tendrán que tomarse resoluciones comunales: o reforma o contrarreforma. ¿Y cuáles serían esas comunidades que sienten su homogeneidad hasta el punto de adoptar una actitud unánime ante el trascendental conflicto? ¿Acaso los reinos y las repúblicas, los estados políticos todavía temblorosos en sus recientes moldes? Si así fuera, el mapa religioso de la Europa moderna ofrecería el aspecto de mosaico y no la contraposición de dos manchas continuas. Se siente homogénea aquella superficie de humanidad cuyos problemas vitales, engranados con este de la religión, lo hacen girar concordantemente hacia la derecha o hacia la izquierda. Es una homogeneidad de modos de ser y de modos de ver. Parentesco de culturas. Pues bién; si buscamos en el mapa de Europa el perfil limitador de ambas homogeneidades oponentes, comprobaremos que se dibuja siguiendo al antiguo *limes* romano, con una insistencia que nos invita a la meditación. La línea divisoria se continúa, avanzando por entre las villas y ciudades de Alemania, con la resolución del destino sabido. Los llamados pueblos germánicos quedan divorciados: al Norte, reforma; al Sur, contrarreforma. La Roma religiosa triunfa en el siglo XVI en aquel mismo suelo en donde la Roma antigua sembró su lengua y su cultura. Y no más allá. Colonia, Köln, era una de las más avanzadas colonias, y el Danubio fué durante siglos una fecundante arteria de latinidad. Aunque en el transcurso de la Edad Media los germanos habían ido imponiendo poco a poco su lengua y su específica cultura a la población de estos territorios, todavía, en el solemne instante del conflicto religioso, fueron decisivas las lejanas resonancias del espíritu latino. Los intereses culturales traídos por la lengua reciente no habían tenido tiempo de desarraigar los hincados por la lengua latina en las entrañas de aquellas poblaciones. (Inglaterra nunca fué del todo latinizada. César ocupó ciertos puntos estratégicos y Roma mantuvo en la isla algunas guarniciones militares; pero Inglaterra fué el único «dominio» románico abandonado espontáneamente por Roma. Por otro lado, ¿hasta dónde podríamos relacionar las diferencias entre la reforma alemana y la inglesa, con la eficiente irrigación de romanismo que suponen esta invasión y la igualmente frustrada de Guillermo el Conquistador?)

Los pueblos cristianos del norte y del sur de Europa otearon diferentes horizontes. Y, cosa bien extraña, no por asomarse cada uno a las agudas diferencias tardías que lo individualizaban, sino porque en tan grave ocasión los espíritus buscaron un mirador de equilibrio estable en el común cimiento latino o germánico. América subrayará esta divergencia europea.

El mundo latino formó como una sola palabra. Si España llevó el acento contrarreformista fué por ser, en aquel instante de la historia, la sílaba más potente.

* * *

Al desandar los grandes trancos con que hemos recorrido unos conceptos de la lingüística y unos capítulos de la historia, de nuevo en nuestro apenas enunciado punto de interés, no creo tenga que pedir disculpa por haber dado a nuestro pensamiento una arquitectura de *exemplo.* Si hemos aducido el poder que la lengua tiene de desarrollar en las mentes de sus parlantes un determinado sistema de maneras de conocer, de sentir y de querer, un sistema de supuestos que luego se nos han manifestado como cimientos de historia, no tenemos por qué no dejar que se nos desprenda sin más, como fruto maduro, la evidencia de la comunidad de destinos para Hispano-América.

Todos remamos en la misma galera y de la conciencia de ello vendrá la máxima eficacia de nuestras remadas. Personas de músculos impacientes, descontentos por el retraso que en determinados resultados llevamos sobre otras culturas, reniegan, negándola en balde, de esta comunidad. Pero ya hemos visto que ni aun en los posibles naufragios de la historia vale un «sálvese quien pueda.» Ese intento de fuga, por ser un negarse a sí mismo, un querer ser otra persona con aniquilamiento de la propia, siempre me ha parecido una monstruosa aberración. Ni el más desventurado hombre, enfermo, pobre o arruinado en sus afectos, quiere *ser* aquel otro sano, rico o feliz; lo que quiere es *tener* salud, o riquezas, satisfacciones afectivas *como* otros hombres más afortunados; mas la semejanza, que es coincidencia en algunos atributos, afirma la diversidad individual. «Llega a ser el que eres», recomendaba Platón. Este sentido me parece el único vitalmente decoroso para nuestro hispano-americanismo: Un sentimiento de grupo humano, más que a base de comunes recuerdos sentimentales, a base de comunes esperanzas y obligaciones; más que por lo que juntos hemos hecho, por lo que juntos tenemos que hacer; una conciencia colectiva de que *somos* y una voluntad panhispánica (excluya el lector toda asociación belicosa que le traiga el vocablo) de *llegar a ser.* Hispano-americanismo de proyectar, más que de recordar; de futuro más que de pasado. El *Llega a ser el que eres* avisa a los descontentos que somos, ante todo, un repertorio inagotable de posibilidades. Mano al timón y a mano toda la rosa de los vientos.

Amado Alonso.

Minuto pagano

Amada: tienes dieciocho abriles.
Tu cuerpo joven huele a pensiles,

a primavera
y a frescas flores de enredadera.

Tienen tus risas una alegría
de manantiales, amada mía,

y hay en tus ojos un hondo y vago
encantamiento de cielo y lago...

Mi dulce amada:
para mi verso
dáme el encanto de tu mirada
de lago terso.

Para mis labios que beben hieles,
dáme tus carnes de rosa y mieles.

Como vosotras

Dáme tu perfume
suave primavera.

Bríndame tu paz
alma de la piedra.

Dáme tu rumor
misteriosa selva.

Que como vosotras
mi alma se vuelva
aroma, silencio,
rumores de selva.

El barquero eterno

Fué una noche embrujada
de paz y de silencio
cuando oí el rumor
de tu barca, remero.

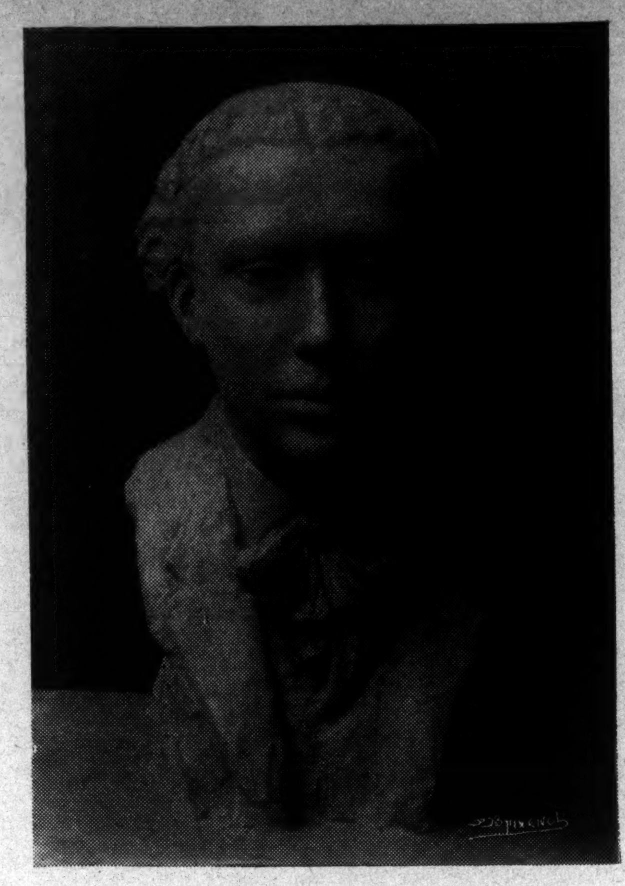
Llegó tu barca envuelta
en un hondo misterio.
Avanzaba en la noche
con un solo remo.

Sobre el agua sombría
agitóse un momento
y después quedó inmóvil
y su remo suspenso
a manera de un ala
que interrumpe su vuelo...

Yo aguardaba en la sombra
con el oído atento:
oí tu voz, Caronte,
como si fuera un eco
traído por las alas
del nocturno silencio
y me acerqué a tu barca
que bañaba un reflejo
de relámpagos tenues;
vi tu rostro agorero,
como tallado en piedra,
hierático y sereno:
eran grandes tus ojos,
de un extraño destello,
y tus barbas crinadas
caían sobre el pecho.

Me ecerqué hasta tu rostro
de hierofante heleno
y temblando, así dije
a tu oído, muy quedo:

«Acógeme en tu barca
y llévame muy lejos.
Tengo horror a los hombres
y quiero huir de ellos.»



Centeno Güell
Por *Lilly Artavia*

Poemas de Centeno Güell

Tú reíste, Caronte.
Todavía recuerdo
tu risa sin sonido
que me llenó de miedo.

«Escucha—me dijiste—
es absurdo tu anhelo:
si vas con la materia
de tu mísero cuerpo,
es lo mismo, es lo mismo
que si fueras con ellos...

«Abandona tu carne,
aléjate del cuerpo,
si quieres estar libre
de todo humano acecho.»

Después cesó tu risa.
En el profundo espejo
del agua, vi agitarse
la sombra de tu remo;
y en la silente y lóbrega
noche, barquero eterno,
vi alejarse tu barca
como un pájaro negro...

* * *

Desde entonces, Caronte,
yo seguí tu consejo:
abandoné mi carne,
me alejé de mi cuerpo.

Ya está libre mi alma
de la carne que llevo,
y el día que tú vuelvas
la hallarás en silencio,
esperando con ansia
tu llegada, barquero.

. . . .

Cuando al fin lleves mi alma
sobre el hondo Leteo,
se quedará dormida
como un ave con sueño,
al rumor silencioso
de tu único remo...

El pájaro suicida

El pájaro se ha muerto.
Amaneció bajo el rosal del huerto,
a manera de un pétalo caído...
Su pico estaba mudo y entreabierto,
las leves alas rígidas. Tenía,
sobre su pecho herido,
doblada con angustia la cabeza
y en sus muertas pupilas se veía
como una sombra vaga de tristeza.

Cuando al jardín la primavera vino,
él quiso dar su trino,
y no pudo cantar: estaba rota
en su garganta de cristal, la nota,
el único consuelo de su vida;
y al ver enmudecida su garganta,
no pudo soportar tristeza tanta
y se volvió suicida...

La mañana de abril tendió su manto
sobre el trinario muerto;
silenciaron los pájaros su canto
y hubo un doliente llanto
de pétalos caídos en el huerto.

. . . .

Buen Jesús: si la muerte es un remanso
que alivia nuestras ánimas heridas,
díme, Señor, ¿encontrarán descanso
las almas de los pájaros suicidas?

Juglar de la tristeza y la alegría

Juglar, juglar, que tienes en las manos
dos bolas: una blanca y otra negra.
La blanca simboliza tu alegría,
la otra tu tristeza.

Lanzas al aire,
con mano diestra,
las dos bolas, haciendo
juegos de raras pirotecnias.

Mientras reposa un minuto
la bola blanca, certera
en el aire vuela
y otra vez hasta tu mano vuelve
la bola negra.

Así pasas la vida, ilusionando
la turba que por verte se congrega.
Así pasas la vida
y así la Muerte te llega.

Cuando Ella, curiosa,
entre la turba venga
y para tus juegos
no tenga
aplausos sino muecas,

juglar, sé buen juglar:
lanza tu bola negra
más alto que nunca
y déjala
en los aires,
a manera
de un ave sombría, suspensa...

Juglar, que la Muerte te sorprenda
con la bola blanca de la alegría
en la mano,
entre tu mano trémula...

Calla

El silencio
tiene un alma.

Callados los dos,
sentimos, amada,
que una sombra divina

nos ampara.
Parece la sombra
misteriosa de un ala...

Déjame que bese
tu frente pálida;
déjame que cubra
de besos tu cara;
déjame acariciar
tus manos, sin decirte nada.

Y callados los dos,
sentiremos, amada,
sentiremos muy quedo,
que hasta nosotros baja
la sombra divina
que nos ampara.

Esa sombra es el alma de Dios
que desciende a nuestra alma
cuando en el silencio
se recoge y calla...

Dádiva suprema

Jardinero, buen jardinero, escucha:
¿por qué te afanas en cuidar la rosa
si al cabo tiene espinas,
vive un minuto y luego se deshoja?

Y el jardinero, díjome: Poeta,
la sabia ley que rige toda cosa
hace que siembre con amor mi mano
para que otros recojan.

Las flores que cultivo en mis jardines
inspiran tus estrofas
y a tu verso le ofrecen sus perfumes,
su matiz y la euritmia de sus formas.

Poeta: cuando al fin a nuestras almas
de su liberación llegue la hora
y nos brinde su paz y su silencio
la tierra cariñosa,

de tu existencia quedarán poemas
de esencia luminosa
y de mi vida quedará un recuerdo
perfumado de rosas.

Tu impulso no fué inútil, ni el empeño
de mi mano piadosa:
llenos de amor, le dimos a la Vida,
tú, versos, y yo, rosas...

Avaricia

Mi alma serena
guarda el tesoro
de sus tristezas
como el avaro
a sus monedas.

Hora tras hora
su caudal cuenta
y hay del que pida
una moneda:
no da limosnas
mi alma enferma.

....

Amada muerta:
a ti te adora
mi alma enferma
porque añadistes
una moneda
al caudal negro
de sus tristezas...

Fernando Centeno Güell

San José, Costa Rica.

La Verdad de Krishnamurti

2.—*Véase la entrega anterior.*

He aquí, pues, que el dios abdica voluntariamente su jerarquía divina, baja de su trono, y se va, hecho ***Hombre,*** por los caminos del mundo, a confundirse, libre y humilde, con la turba inmensa de los que no poseen la verdad pero suspiran por alcanzarla.

Y he aquí que esa abdicación, por la fuerza de su sinceridad, por la virtud milagrosa de la renunciación, eleva de un solo impulso a Krishnamurti a la categoría más real, más humana, más fraternal y liberadora de un *maestro*. Krishnamurti es, desde ahora, ***Un Maestro***; uno que, con Mahatma Gandhi, acaso Tagore y Vivekananda, sabe decir palabras que aclaran los horizontes de la vida y ensanchan el miraje de la esperanza.

Su primera palabra ha sido ésta: Mi único anhelo es hacer ***libres*** a los hombres; sólo puede libertarles la Verdad; si yo fuera un dios, les comunicaría la Verdad; no lo soy: que la busque cada uno en su propia alma y que la extraiga de su propia vida...

Y añadió: la verdad no puede venir de una organización; una Orden, por grande que sea, no puede crearla; ese es trabajo individual; alianza íntima y secreta del hombre con Dios...

* * *

Atreviéndonos a desenvolver el pensamiento del Maestro, aventuraríamos nosotros: ciertamente, no son las Ordenes ni las Iglesias las que crean la Verdad, sino ésta la que hace surgir las Ordenes y las Iglesias. Es la ***Idea*** pura, rebozante de vida. de verdad, la que aparece como un arco-iris en el cielo de la Esperanza y de la Fe, y por la Virtud esencial de su luz hace surgir las iglesias, las congregaciones de todo género, y les infunde el afán y la capacidad de *realizar* esa verdad.

¿Quién ve, primeramente, ese arco-iris? Los ojos inquietos y anhelosos de un Maestro. Maestro por derecho propio, no por elección; Maestro, porque Las Potencias Divinas le designaron para serlo, no porque le forjaran tal las flaquezas y las tinieblas de los hombres.

Vino de lo Alto la chispa, y en el metal del dolor fue conformada, y a martillazos se le iluminó la mente, y a lanzadas se le expandió el corazón. Y alimentándose con sus lágrimas silenciosas, se tornó río que se extiende y fecundiza lo que toca, y fortaleciéndose en el abandono y la soledad, se tornó viento que purifica lo que airea.

Así se forman los maestros. por la Voluntad de lo Alto, nunca por la mísera presunción de la muchedumbres.

* * *

¿Cuál será es *Verdad* a la que se refiere Krishnamurti, y a la cual se refería Jesús cuando afirmó: ***Conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres?*** ¿Hay una conexión entre esa sentencia y aquella otra: ***Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura?***

¿No tendrán, por ventura, la misma significación y el mismo alcance, esta *Justicia* y aquella *Verdad?*

Lo primero que nos sugiere la afirmación de Jesús, es el sentido pleno y trascendente de la palabra ***conocer.*** No se trata de una simple elucubración, de un mero acto de la mente, ni de un simple anhelo del alma. No se trata del conocimiento literario, teórico de una idea, ni aun de nuestra capacidad de conmover a los demás y convencerles, hablándoles sobre las virtudes y florescencias de esa idea. No; ***conocer*** es aquí, asimilar, incorporar, ***hacerse uno*** el hombre con la idea.

«Yo soy uno con mi Padre», afirma Jesús. Es decir, las verdades que son la Voluntad de mi Padre, y que una vez realizadas entre los hombres constituirían su *reino*, su *Justicia*, están en mí, *viven* en mí, no yuxtapuestas ni parasitarias, sino como fuerza esencial de mi propio ser. Son mi propia vida, y actúan en mí, espontáneamente, plenamente, sin que nada en mí las contraríe ni las contradiga. Esas verdades son la respiración de mi alma, como el aire es la respiración de mi cuerpo. Así, yo poseo, conozco la Verdad, y su conocimiento me hace libre.

En el mismo sentido ha dicho Krishnamurti a sus fieles de la Orden de la Estrella: no estáis preparados para comprender la Verdad; ***No la conocéis***, no la vivís, y por eso es inútil vuestra Orden, y por eso, desde este momento ya no hablaré para vosotros solos, en un lenguaje que presume ser el de un dios, sino que hablaré sencilla y humildemente con las palabras de un hombre que habla a todos los hombres, de un hermano que se *siente* hermano de todos los hombres.

* * *

Dejemos caer nuestra pobre sonda en el Mar de los Misterios de la Vida, a ver si extraemos siquiera un fragmento mínimo, que sea indicio de haber adivinado cuál es esa verdad ***que nos hace libres***, y que no puede ser ***conocida*** mientras no sea ***una*** con nosotros.

Lao-Tseu, Pitágoras, Budha, Jesús, Francisco de Asís, la conocieron, la vivieron. Tal vez centenares de hombres y mujeres la han vivido en el mundo sin que sus palabras revelaran que poseían el divino Tesoro. Tal vez la dulce llama iluminó y consumió sus corazones, sin que humo ninguno revelara la maravilla de sus existencias que era todo como una canción sin palabras, como la fragancia de las flores silvestres en los riscos inaccesibles, desde donde se va directamente al cielo.

Conocieron la verdad, y fueron libres. Y por ser libres fueron felices. Pues la felicidad es la flor que emerge de esa planta unica, sembrada en las almas escogidas por manos misteriosas, nutrida con la sabia de la caridad, calentada por el sol de la Fe, y cuya florescencia destruye y excluye *toda separación*, toda limitación.

Habla de esa *verdad* Krishnamurti?

Y cuál es ella?

A. Masferrer

(Patria. San Salvador.)

Dos libros, dos mujeres

Las *Memorias* de Isadora Duncan



Isadora Duncan

La Editorial Cenit, que nos ha dado ya a partir de *El Cemento* de Gladkov una notable colección de documentos de la época, acaba de publicar las memorias de la genial bailarina Isadora Duncan. Aparecidas después de la muerte de la danzarina, estas memorias podrían parecer, en parte, de autenticidad poco rigurosa. El prólogo del traductor alude a la posible sospecha al subrayar la existencia de una prueba de esta autenticidad: la correspondencia absoluta entre el estilo de las memorias y el de otros escritos de la Duncan. Pero mejor es contentarse con una prueba más asequible a la mayoría de los lectores: la de que en estas páginas autobiográficas se reconoce el estilo espiritual, el tono psíquico de la artista.

La Duncan es una de las mujeres de cuya biografía el historiador de la «decadencia de Occidente», entendida o no según la fórmula decadente y tudesca de Spengler, difícilmente podría prescindir. Las danzas y, sobre todo, la novela de Isadora Duncan, constituyen uno de los más específicos y grandiosos espectáculos finiseculares de esta época. En el pórtico del 900, la figura de Isadora Duncan tiene, quizás, la misma significación que la de Lord Byron en el umbral del siglo pasado. El rol de Isadora, en la iniciación de este siglo, es un rol byroniano. Lord Byron es el hijo de la aristocracia, que al servir bizarramente la causa de la libertad y del individualismo, abandona los rangos y la regla de su clase. Isadora Duncan es la hija de la burguesía, partida en guerra contra todo lo burgués, que combina el ideal de la rebelión con los gustos del decadentismo. Clásicos y paganos los dos en sus admiraciones, una actitud común los identifica: su romanticismo. El caso de Lord Byron no podía repetirse exactamente, sin más diferencias que las del tiempo y lugar. El byronismo necesitaba en el 900 una expresión femenina. Sólo en una mujer era capaz de lograr plenamente su acento novecentista. Isadora Duncan, burguesa de San Francisco, no es menos lógica históricamente que Lord Byron, aristócrata de Londres, como espécimen de romanticismo protestatario y escándaloso. Tenía que ser Norte América, exultante de juventud y de creación, un poco áspera y bárbara todavía, la que diese a Europa esta artista libérrima, enamorada de la Hélade. Europa era ya demasiado vieja y escéptica, en los días de la Exposición Universal de París, para inspirarse en los vasos griegos del Museo Británico y del Louvre con la misma religiosidad que Isadora y Raymundo Duncan, llegados de San Francisco y en quienes alentaba aún algo del impulso de los colonizadores y algo de la desesperación de los buscadores de oro. Ninguna europea, contemporánea de la Duquesa de Guermantes ni de Eglantina, habría podido tomar tan apasionadamente en serio la danza griega ni concebir tan místicamente el ideal de su resurrección. D'Annunzio mismo, en la reconstrucción arqueológica, no ha pasado de la retórica entre los contemporáneos de la Duncan y su hermano. En el arte y la vida de la Duncan, la cultura y la ciencia son de Europa, pero el impulso y la pasión son de América. Isadora, en su autobiografía, no sólo sabe contarnos los episodios de su existencia aventurera y magnífica, sino también definirse con penetración muy superior a la de la generalidad de sus críticos y retratistas. Los que veían exclusivamente decadentismo o clasicismo en la artista, sensualidad y libídine en la mujer, se equivocaban. Isadora Duncan no desmentía su origen y su formación norte americanas. Era de la estirpe de Walt Withman. Una descendiente legítima del espíritu puritano y *pionner*. Debía a su sangre irlandesa, la pasión y el sentimiento artísticos; pero debía a sus raíces puritanas su sentido religioso e intelectual del arte. «Yo era todavía—escribe—un producto del puritanismo americano, no sé si por la sangre de mi abuelo y de mi abuela que, en 1849, habían cruzado las llanuras sobre un carromato de campesinos, abriéndose camino a través de los bosques vírgenes, por las Montañas Rocosas y las planicies quemadas por el sol, huyendo de las hordas hostiles de indios o luchando con ellas, o por la sangre escocesa de mi padre o por cualquier otra cosa. La tierra de América me había confeccionado como ella confecciona a la mayoría de sus hijos: había hecho de mí una puritana, una mística, un ser que lucha por la expresión heroica y no por la expresión sensual. La mayoría de los artistas americanos son, a mi juicio, de la misma vena. Walt Withman, cuya literatura ha sufrido prohibiciones y calificaciones de indeseable, y que ha cantado los goces corporales es, en el fondo, un puritano, y lo mismo sucede con la mayoría de nuestros escritores, escultores y pintores.» Ninguna de las contradicciones aparentes de que está hecha la biografía de la Duncan, debe, por esto, sorprendernos. Isadora Duncan, como George Sand, pretenden que en el amor tendían por naturaleza y convicción a la fidelidad. La romántica dejaría de ser romántica si no pensase de este modo; y dejaría también de ser romántica, si practicase la fidelidad hasta sacrificarle su libertad de movimiento, de inspiración y de fantasía. Partidaria del amor libre desde los doce años, virgen hasta los veinte, Isadora Duncan es siempre esencialmente la misma. Y, en lo artístico, ninguna latina—francesa o italiana—habría podido efectuar su aprendizaje de la danza con un desprecio tan profundo de la coreografía profesional y una rebeldía tan radical contra sus estilos y escuelas; ninguna habría hecho de Rousseau, Withman y Nietzsche sus maestros de baile. Su naturaleza positiva, su educación clásica, su sentido del orden, se lo habrían impedido. Porque, contra el prejuicio corriente, el sajón es más romántico y aventurero que el latino y está siempre más propenso a la locura y al exceso. No hay imagen más falsa que la del anglosajón o la del alemán invariablemente frío y práctico. Ilya Ehrenburg estaba en lo justo cuando declaraba a Alemania más excesiva y dionisiaca que a Francia, ordenadora y doméstica, fiel a la medida y al ahorro. Yo he sacado la misma conclusión de mi experiencia de ambos países. Y me explico el que Isadora obtuviese sus primeros delirantes triunfos en Berlín, en Munich y en Viena. Su victoria en Francia no podía ser tan instantánea, extrema y frenética. Francia—París mejor dicho—llegó a amarla, pero siempre con mesura. Y, acaso, por esto, la conquistó más. Por esto o porque el universalismo de París y de la cultura francesa convenía más a la exhibición de Isadora que el regionalismo o el racismo de Inglaterra, siempre algo insular y de Alemania, siempre algo abstrusa. En torno de estas cosas, las observaciones de Isadora Duncan son generalmente exactas. Por ejemplo, ésta: «Se podría decir que toda la educación americana tiende a reducir los sentidos casi a la nada. El verdadero americano no es un buscador de oro o un amante del dinero como cree la leyenda, sino un idealista y un místico. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que los americanos carezcan de sentidos. Por el contrario, el anglosajón en general y el americano en particular, por su sangre celta, es en los momentos críticos más ardientes que el italiano, más sensual que el francés, más capaz de excesos desesperados que el ruso; pero la costumbre que ha creado su educación ha encerrado a su temperamento en un muro de acero, frío por fuera, y esas crisis no se producen sino cuando un incidente extraordinario rompe la monotonía de su vida.»

La vida de la Duncan nos explica bien su arte, su espíritu y su fuerza. La pobreza que sufrió en la infancia, por el divorcio de sus padres, despertó y educó sus cualidades de luchadora. El bienestar y el confort habrían sido contrarios al surgimiento caudaloso y avasallador de su ambición. La Duncan es, sin duda, absolutamente sincera en estas palabras: «Cuando oigo a los padres de familia que trabajan para dejar una herencia a sus hijos me pregunto si se darán cuenta de que, por ese camino, contribuyen a sofocar el espíritu de aventura de sus vástagos. Cada dólar que les dejan, aumenta su debilidad. La mejor herencia consiste en dar a los niños la mayor libertad para desenvolverse a sí mismos».

Las memorias de la Duncan no alcanzan sino hasta 1921. Terminan con su partida a Rusia. La Duncan había querido continuarlas en un volumen sobre sus dos años de vida en la Rusia

bolchevique. Su arte y su vida habían sido siempre una protesta contra el gusto y la razón burguesas. «Con mi túnica roja—escribe ella—he bailado constantemente la revolución y he llamado a las armas a los oprimidos.» Decadente, prerrafaelista, helenizante, refinada, en las varias estaciones de su arte, Isadora Duncan obedeció en su creación a un permanente impulso revolucionario. Fué uno de los más activos excitantes de la imaginación de una sociedad industrial y burguesa. Y las limitaciones, la mediocridad, la resistencia que encontraba en esta sociedad, la incitaban incesantemente a la rebelión y a la protesta.

Hombres y Máquinas, por Larisa Reissner

Alvarez del Vayo habla en dos de sus libros —*Rusia a los doce años* y *La Senda Roja*—de esta extraordinaria figura de mujer que un libro editado en español por la Editorial Cenit nos revela íntegra e impresionantemente: Larisa Reissner. Las agencias telegráficas, la gran prensa, no han señalado acaso nunca este nombre al público internacional. Larisa Reissner es, sin embargo, una figura histórica, una de las más grandes y admirables mujeres de nuestra época. Muerta en 1925, en plena juventud, en gozosa creación, no ha dejado sino dos libros: el que acaba de publicar la Editorial Cenit, *Hombres y Máquinas* y otro de impresiones y escenas de la guerra civil en Rusia: *El Frente*. Pero, heroína de la revolución social, gran artista, gran escritora, Larisa Reissner no necesitaba escribir sino estas páginas vivientes, densas, logradas, de *Hombres y Máquinas* para que su mensaje llegase a toda la humanidad.

El prólogo que Karl Radek ha escrito para la obra de Larisa Reissner, es una magnífica presentación de la revolucionaria y la autora. Larisa nació en una ciudad de la Polonia oriental el 1°. de Mayo de 1895. Su padre fué un profesor de estirpe báltica que en sus estudios y exilios en Europa occidental, sustituyó su vago idealismo de intelectual burgués por las sólidas concepciones del intelectual marxista. En Alemania, disfrutó del trato de hombres como Bebel y Liebnecht, mientras la pequeña Larisa se familiarizaba en la escuela con esos niños obreros a los que años más tarde debía reencontrar en las jornadas de la insurrección comunista. En la catedra de derecho de la Universidad de Petrogrado persiguieron al profesor Reissner, —autor de la doctrina que, predicada por un manípulo heroico, ganaría en octubre de 1917 el poder,—las sórdidas ojerizas de los profesores que en esa universidad representaban la ideología liberal o cadete. En esta lucha, librada con voluntad y convicción inquebrantables, se formó el espíritu de Larisa que a los dieciocho años, en 1913, acometió ambiciosamente su primera empresa literaria. Pero la verdadera iniciación de Larisa como escritora se cumplió bajo el signo de la guerra. La familia Reissner, con ese ingente y asombroso espíritu de sacrificio y de combate, de que se alimenta la historia de la revolución de 1917 y que explica todas sus victorias, publicó bajo la guerra una revista que denunciaba la traición de los revolucionarios que en Rusia, como en los otros países, hallaron razones para justificar su consentimiento a la matanza. La revolución tuvo en Larisa uno de sus intrépidos combatientes. Su instinto revolucionario no le permitía ninguna ilusión respecto al régimen de Kerensky. La preservó, luego, de la incomprensión y de la hostilidad de la Inteligencia ante el advenimiento al poder de los consejos de obreros y soldados. «Esta mujer, profundamente creadora—explica Radek,—penetró en el sentido creador de la Revolución y por eso la abrazó en cuerpo y alma.» En los primeros meses de la república soviética, Larisa colaboró en la obra de Lunatcharsky de salvar de la tormenta revolucionaria los tesoros artísticos de Rusia, guardados en gran parte en las mansiones de la aristocracia caída. Pero Larisa, ansiosa de batallas más activas, no podía contentarse con este rol modesto de experta en materia histórica y artística. Cuando la reacción, subsidiada y excitada por los ex-aliados de Rusia, amenazó a los Soviets, Larisa marchó a ocupar un puesto en el frente. El brío de sus veintitrés años no se avenía con un trabajo de conservador de museo. Larisa peleó por los soviets como un soldado. Fué una Juana de Arco proletaria, que milagrosamente escapó muchas veces a la muerte en manos de los enemigos de su fe. *El Frente* es el libro que recoge su testimonio de esta lucha.

En 1920, Larisa Reissner acompañó a Cabul a su marido Raskolnikow, nombrado Embajador de los Soviets en Afganistán. En la corte del Emir, la diplomacia improvisada de los Soviets debía sostener difícil batalla con la diplomacia profesional y avezada de la Entente. Tenía, por fortuna, un aliado: el vigilante sentimiento de independencia nacional del pueblo afgano. Rusia podía hablar a este sentimiento el lenguaje de la amistad. Toda la primera parte de *Hombres y Máquinas* es una serie de apuntes del Afganistán que conoció Larisa en los días más tormentosos de la Revolución. La danza de las tribus campesinas, expresa a Larisa, mejor que ningún otro mensaje, el amor del pueblo afgano a su libertad. Occidental por su educación y su raza, Larisa Reissner descifra sin más ayuda que la de su aguda intuición de mujer y de artista, la sonrisa y el ritmo de Oriente.

A fines de 1923, en los días álgidos de la ofensiva proletaria que siguió a la ocupación del Ruhr y la bancarrota del marco, Larisa Reissner marchó a Alemania. Dresden, Berlín, Hamburgo, Essen eran el frente más vasto y activo de la revolución. En Rusia, bajo el comando de Lenin, el proletariado consagraba su esfuerzo a las jornadas sin romanticismo y sin alegría de la Nep. Larisa amaba al proletariado alemán, desde los tiempos en que, durante un exilio de su padre, le tocó frecuentar la escuela de Zehlendorf. La segunda parte de su libro está formada por sus escritos de esta etapa de agitadora «en el país de Hindemburg». Faltan las páginas de su folleto *Hamburgo en las barricadas* que la justicia alemana condenó al fuego. No es la batalla proletaria lo que se describe en esta crónica de un viaje por la república alemana. Larisa se propone, más bien, ofrecernos una versión del país de Hindemburg. Las páginas que dedica a la casa Ullstein, son un finísimo ensayo de psico-fisiología de la gran prensa. A través de las publicaciones de Ullstein *Berliner Morgenpost*, *La Berlinesa Práctica*, *B. Z. am Mittag*, *Illustrierte Zeitung*, *Sport*—Larisa analiza sagazmente los gustos del gran público y la técnica del periodismo que lo informa y lo orienta. Luego, sus cabales bocetos *Junkers* y *Krupp y Essen*, nos confirman su admirable y certero poder de representación de la Alemania de Hindemburg, mitad monárquica, mitad republicana. No hay en esos escritos una sola crispación de panfletaria. La buída mirada de Larisa ilumina todos los ángulos internos del caso Junkers y del caso Krupp. Y es imposible decir si la escritora acierta más en estas dos rápidas biografías de la Alemania industrial y militar o en los patéticos retratos de tipos vistos «en los campos de la pobreza». El drama de la desocupación, de la miseria subvencionada por el Estado con un subsidio que «si es poco para vivir, es demasiado para morir», de la pobreza alojada en los viejos cuarteles de los suburbios de Berlín, está entera y terriblemente expresado en estos breves relatos de Larisa.

Pero es la tercera parte del libro—*Carbón, hierro y hombres vivientes*—la que más individualiza a la escritora. Sólo las mejores páginas de *El Cemento* de Gladkov son comparables a esta descripción potente de la epopeya obrera en la Rusia de los Soviets. El escenario de los hechos que Larisa escruta es mucho más dramático que el de *El Cemento*. No es el proletariado de la usina, de la industria, el que Larisa nos muestra, sino el proletariado de las minas. La tremenda fatiga de las muchedumbres que trabajan en los yacimientos de platino o en las galerías de carbón, es el tema de sus relatos. La mina, en la descripción de Larisa, no es sólo el averno negro y pétreo que la literatura corrientemente entrevé: el espíritu del hombre, incansable en el descubrimiento de la belleza, sabe iluminarla también con su poesía. La lucha con una naturaleza mineral y violenta, consume aquí todas las energías de los hombres, pero aún así, hasta estos oscuros y distantes cauces de la savia humana, llegan inflexibles la voluntad y el esfuerzo de crear un orden nuevo.

José Carlos Mariátegui

Lima, 1929.

OFICIOS DE MUJERES

La cría del gusano de seda



Por *Emilia Prieto*

La estación.—Cuando el mistral ha aflojado un poco su galope sobre la pobre llanura provenzal, que lo ama y lo detesta de ser suya; cuando el suelo no suena ya por la mañana a cartón embreado a causa de la escarcha de toda la noche, comienzan los árboles de Carpentras o de Salón a acomodar la rama martirizada y a clavetearse de los primeros brotes, de sus punzoncitos verdes, y van echándoles afuera con un tiento de miedo, con un recelo de animalito golpeado. Ocho meses ha durado para ellos el vapuleo de su viento capataz.

Uno de los primeros árboles que echan la antenita tierna es la buena morera, árbol de talla media—la que le consienten—con un aire feliz que le da la hoja aceitada y la grosura de los ramos.

Entonces las mujeres provenzales comienzan la cría del gusano, para la cual la morera les da la señal. Son las mujeres del trabajo culto, es decir, del que no les estropea caderas ni espalda, del trabajo antiguo, acomodado a su condición.

La cría del gusano pide una primaria instalación industriosa: en el cobertizo de la granja, a veces; en una gran pieza, si se puede, se colocan unos diez o veinte tablones horizontales, lecho rústico para la acostadura de los huevos uno o dos ventanales sirven la luz de este espacio, pero en la primera semana la criadora cuida de cerrarles las junturas rigurosamente; la primavera aquí es tornadiza, pone entre dos días de calor taurino uno de granizos locos; avanza y retrocede; los huevos del gusano son más sensibles a la atmósfera que la Mireya al Vicente provenzal, y un golpe de frío puede malograrles la germinación. Cuando ya la estación se afianza y se puede confiar a ella la mata del helecho en la ventana, por ejemplo, los ventanales se abren y el resuello caliente del campo entra a ayudar la desperezadura de la larva.

Los huevos son un derramamiento bastante banal de anises en color gris, unas como lagrimitas de plomo que me recuerdan cierta arena «pedagógica», o sea artificial, para el juego de los niños, que me mostraron en un kindergarten. Por fijamente que se la mire, a menos de ser el viejo Fabre que cogía una pestaña en el viento, nadie se dará cuenta de cuál es el momento preciso y precioso en que el granito pasa a hollejo vivo. Siempre el «tránsito», que es magia, se escamotea y defrauda al curioso que tiene un antojo violento de atestiguarlo.

Animalitos vulgares y extraordinarios.—Lo que prometían y han cumplido los huevos era este animalito gris, ennegrecido de su vello y gesticulante de patitas numerosas; el rapé del que apenas hicimos caso en el cartón de las cajas, ha pasado a hervidero, a un *va y viene* disparatado y sin organización, a un burbujeo vital que, aunque enjuto, asusta a la que pone una lente encima. Yo levanto bruscamente mi cara, con el miedo de los niños cuando, de la piedra que levantaron, veo salir un infierno de cochinillas. Precaución inútil: a ellos no les importa quien se les allegue, el disecador o un Buda; no saben de ataque ni de defensa, como si fuesen unas pajuelas que cayeron de un planeta en que eso no cuenta; como que son casi sordos y casi ciegos y por esos sentidos viene el espanto... y la confianza.

La criadora—linda la palabra siempre—trae los primeros gajos de morera; los parte en unos pedacitos frioleras que no le aplasten la menudencia patuda, y los deja haciendo el primer ensayo de comer. Debe ser confuso, como el ensayo de ver y de tocar, mejor, como las dos cosas juntas, que eso viene a ser una primera mascada...

El crecimiento del gusano puede medirse por la ración de morera que va cortando la criadora cada mañana. Cuando él ha alcanzado la mitad del tamaño, ya pueden echársele las hojas enteras. En las últimas semanas, su voracidad se vuelve un modo de la rabia, un delirio hincado en su abdomencito; si se voltease un tablón de gusanos sobre la morera más copiosa lo desnudaría en dos horas. Como que él es nada más que cuerpo, quiere explicarme la criadora, que con esta frase me resulta una teresiana; como que saca la obra de su cuerpo, le añado yo, como que no va a tener más materiales que él mismo, para su baba pródiga. La verdad es que el gusano de seda devora más palpablemente que cualquier otro de sus primos el verdor de la tierra; sin metáfora, masca la primavera a ojos vistas, y si cada mujer provenzal se pusiese a fecundar una docena de cajitas de éstos, la llanura se les volvía pelambre seca hasta el Mediterráneo. San Francisco acaba este párrafo de mi asombro filisteo diciendo que el vapuleado tiene sólo media estación válida y una sola especie de árbol en que saborear el gusto de la tierra.

Son adultos; la cinta métrica que mide lo vivo vertical y lo vivo que está tendido, le da siete centímetros. No son tan gruesos como el repulsivo gusano del palqui chileno, ni cosa tan mezquina que se les confunda con la hojita achicharrada de calor. Su coloración se ha ido clarificando del gris aconchado que decía a este blanco lunar, el blanco precisamente de la piedra de la luna; tinte extraño de la familia de los blancos «sagrados» que los hindúes señalan a sus animalitos de adoración; y yo entendería mejor el culto de este perendengue arrolladito que el de su elefante degenerado.

De los chinos antes de que los hindúes hay que acordarse con el gusano de la seda. ¿Qué mimos dirán ellos a este hollejito lechoso, a esta greca lunar, siendo como son poetas hasta para mentar sus alimentos? Algunos ha de encontrárseles entre sus hai-kaiks, del tamaño del animalito enrollado; lo que me tengo visto son unos apuntes del lindo bicho, logrados en un solo golpe de carbón. La exageración oriental, que es puro atolondramiento del bochorno, puso en la bandera china un dragón que resopla, pudiendo poner el gusano de la seda que los enriquece desde que la China de ojos sesgados hila seda, borda seda, tiñe seda, desde que ella existe, en buena cuenta.

La modestia no dicta los símbolos nacionales, y esta criatura que es historia ilustre no se ha envalentonado. Su cosmos es una plancha de madera bruta; su atigencia una hoja de morera que se le renueva; su ángel, una mano que hace dos gestos por día encima de ella y la deja en paz. En los climas templados ni siquiera tiene como en el Asia la maravilla de la atmósfera circundante, con su mudanza de viento y de nubes, sino este desván de claridad regateada.

Me gusta escuchar el rumor de la *mascadura* en los días del frenético apetito: un ruido de lluvia apresurada; un juego de cien niños con cabecitas de alfileres sobre un cristal espacioso; o una inacabable caída de cuentecillas en una copa. Yo dormiría con gusto en medio de este espacio así punzado, y me adormecería con cierta dulzura como el obrero de relojes suizos en su taller.

Engruesan... engruesan... Son en este momento unos dedos índices grasos que se mueven solos y que parecen cortados en la matanza de los Inocentes; como que llevan engullidas una a una las moreras de la granja. Yo paseo sobre esta especie de requesón viviente una mano sin asco, y ellos me corresponden la palpación subiéndoseme a la palma, que les resulta grata, y que tal vez me toman por la piel de la estación, lo que me adula un poco. (Siempre me gusta que la bestiecita se acomode en mí, tenga contento conmigo.)

Los gusanos de color adatilado, bastante visibles en el conjunto lechoso, no llegarán a la cápsula; son los tísicos, el soldado vencido en la Maratón de la especie. La criadora los coge con disgusto de su color de pus y los tira por la ventana.

Yo dejo unos días a los voraces en competencia de engrasamiento y me voy a ver otros trabajos de la estación hacia el lado de Carpentras. Vuelvo cuando me dicen que comienza la construcción, la sopladura, el tejido de los capullos.

El capullo.—Han comenzado su segundo cuerpo de seda y de resina, la bujeta de guardarse y de morir, en la cual los vemos siempre cuando los nombramos, como si él fuera su cuerpo verídico. Y no hay tal: treinta y tres días ha sido gusano de ir y venir; siete días no más se queda en su capuchita.

La criadora ha enderezado trecho a trecho a lo largo de sus tablones los ramos de olivo por donde treparán a hacer su «colgadura». E

Palos de la Frontera

Un papel azul arriba y otro papel azul abajo; a un lado, una cuartilla blanca hecha pedacitos. Los pedazos blancos de la cuartilla se van distinguiendo más, agrandando, convirtiéndose en líneas sinuosas y líneas casi cuadradas. Callejitas y plazuelas. Ventanitas en los muros blancos y tal vez en una de estas ventanas un hombre que medita frente al mar, bajo el cielo radiante; frente al papel azul de abajo y el papel azul de arriba. Lumbrarada suave de luz verde; el color de la esperanza. En el cielo, por toda la bóveda límpida, docenas, centenares, millares de una figurita que representa un hombre de pie, erguido, con la mano derecha puesta sobre las cejas, a modo de visera, y que atalaya a lo lejos no sabemos qué. En la inmensidad, sobre el piélago sin límites, las velas blancas, henchidas de recios vientos. Lobreguez en el horizonte y angustia en el ánimo de los marineros. La figura de la mano en la frente, respira anhelante y calla con silencio dramático. Luz, viva luz verde; la luz de la esperanza. Bosques tupidos, allá dentro; cerca, una dorada playa; después de haber tenido tanto los pies sentados en las tablas movibles, se siente viva satisfacción al posarlos en esta suave arena. Semblantes de alegría. En la cabeza de un hombre de faz cobriza, plumas coloreadas que se mueven blandamente al ligero céfiro. Estridores de aves extrañas y aullidos de fieras. La gran bola del mundo va dando vueltas; por primera vez en la Historia da vueltas y es redonda. Como da vueltas, otra vez el papel azul arriba y el papel azul abajo; a un lado la nítida cuartilla hecha pedacitos. Esplendor de gloria en la inmensa bóveda del firmamento; resplandor que no han visto nunca los humanos; relumbre que resbala sobre el vasto mar y disipa las aterradoras viejas tinieblas; las tinieblas que se posaban sobre estos mares desde la creación del mundo. En el aire radiante, henchido de vitalidad y de alegría, docenas, centenares, millares de imágenes del hombre erguido, con la mano, a modo de visera, sobre los ojos.



(Dibujo original de Vázquez Díaz.)

Ese es Palos. Callad. No oigan que aprisa
tres buques zarpan que la noche vela.

El poeta—Ramón de Campoamor—nos manda que callemos; no despertemos al pueblecito; dejemos que se marchen silenciosas las naves. El pueblecito, en este día, en este siglo, apenas sabe él que existe; comienza a nacer.

Pasa el tiempo; transcurren los años; el pueblecito se ha afirmado; es una realidad tangible; existe en el área de España. Unos hombres sabios y meticulosos, los historiadores, se ocupan de este puñado de casas. Y estas casas van rodando, como resbalando, a lo largo de los años, de las centurias. Unas veces parece que se esfuman; diríase que tornan a desvanecerse; se ahilan y tenuizan. Otras veces recobran su vitalidad; las paredes, las ventanitas, los tapiales de los huertos, los esquinazos, las chimeneas adquieren un vigor inusitado. Nos vamos acercando, desde el siglo XV al siglo XX. La conciencia de la Historia, que es la conciencia de la nación, va reforzándose. Y el pueblecito oscila según las oscilaciones de esa conciencia; si es fuerte, resalta en el azul el pueblo; si es débil, parece esfumarse, atemorizado, entristecido, el pueblecito. Durante el siglo XVIII, el pueblo ha estado desvanecido en la bruma de los olvidos; no se notaba apenas su silueta en el horizonte; no existía; había desaparecido ya para mucho tiempo. Poco a poco ha ido este montoncito de casas surgiendo otra vez, con timidez, amedrentado, tan simpático en su pueril temor. Ya resalta ahora plenamente en el horizonte sobre los dos azules. Jocundidad y retozo de las paredes blancas, de las chimeneas humeantes, de las ventanitas que estaban atalayando siempre el mar.

Ese es Palos. Callad. No oigan que aprisa
tres buques zarpan que la noche vela.

Alegría en el pueblecito. Una casa chiquita tiene dos ventanas minúsculas bajo del alero del tejado. Callad; observad lo que está haciendo esa casita A la otra parte del mar, por encima de la comba azul, sobre la bola del planeta, las dos ventanas de esta casa; es decir, sus ojos, están viendo otra casa que va surgiendo tras el piélago; lentamente se alza; tiene seis pisos; tiene diez pisos; tiene veinte pisos; tiene treinta pisos. La casita no se asusta de ese colosal edificio; ella no tiene más que dos altos. La casa de los veinte, de los treinta, de los cuarenta pisos se alza frente a la casita de dos altos; una al lado de aquí del mar; otra al lado de allá. El pueblo todo irradia una luz esplendente.

Azorín

(*ABC*, Madrid.)

---

capullo ha de ser aéreo para ser perfecto; hecho sobre el cartón, le saldría aplastado; él necesita para su trabajo de fineza, aire encima, aire debajo, aire a los costados y un pequeño sostén de su cuerpo, no más. Se acomoda con una habilidad que no adivinábamos en el obeso; subió sin vértigo; se fijó arriba en una axila de rama; ha olvidado la tabla horizontal de un mes; la nueva posición se la sabe desde... la China.

Me pongo a buscar uno que de veras «comience», y lo encuentro. Con unos movimientos de pincelito que pintara fondo de derecha a izquierda, con unos grandes zig-zags de la cabecita, de hoja a hoja, movimiento enorme para él, y que le da una comicidad no exenta de gracia, porque el ritmo embellece cualquier movimiento, el gusano se ha puesto a su viejo rito.

Cuando ha puesto los hilos esenciales en este sentido, se enrolla y se voltea para repetir lo mismo de abajo hacia arriba y luego transversalmente. Las hebras primogénitas del capullo se ven gracias a la impertinencia de la lente. Lo demás ya será lo de menos. El diseño logrado resulta para el gusano de catorce ojos tan definido como el andamiaje de fierro de un rascacielo nuestro, que cuenta el plan de lo que va a seguir; las matemáticas fundadoras han puesto lo suyo; la albañilería segundona va a continuar. Sólo que al revés de nuestro edificio humano, este obrero de orden sobrenatural va a poner los materiales *debajo* y no encima del huevo aéreo; él construye su maravilla hacia el interior, como Santa Teresa, y su ajetreo escondido se acabará cuando la casa casi le toque los costados...

Siete días, como en el Génesis, y como en los otros achaques mágicos, de tejido incansable en los cuales el gusano va velando su propio bulto para nosotros; se vuelve fábula de sí mismo; se nos aleja, estando allí mismo, y al fin desaparece por completo y sólo su cápsula da testimonio de él. Achicándose, agrandándose, trabajando en total, con todo su cuerpo, como un obrero que quisiese batirse toda la sangre, pequeñito clown de cuerpo en cintajo que se dobla y estira, él acaba con la semana su vaina. Tiene ahora su noche adentro de ella, una nochecita de pulgada, antojo suyo, y en la que va a dormir sin roce de hoja de olivo, sin tacto de viento y sin mi ojo de clavo de bronce encima.

El huevo tiene el tamaño de su obesidad; como va enflaqueciendo, el desahogo se le crea solo; se lo hizo como la muchacha hace su corpiño, justo y seguro. Nosotros, criaturas de sábana extranjera, en el pecho, no podremos entender nunca la complacencia con que el gusano se dormirá adentro de su resuello de seda, especie de aristócrata a quien parecía duro el mundo y que ha creado uno a su gana.

El pobre se merecía bien el descanso de la trompa operadora y el del cuerpo estrujado en la saliva copiosa.

Nosotros decimos «el capullo»; tal vez él diga «el millón de capullos», porque el todo es una membrana, más una membrana y más otra, de seda, y si él cuenta, como un inge-

niero sus kilómetros de hiel, los suyos de hebra, que llegan a uno y medio, la cifra debe envalentonarlo...

La criadora me muestra, con la misma sonrisa de la nodriza de un asilo de niños, los tablones que van de muro a muro, ocupados por la ramazón cuajada de requesones suspendidos. Son arbolitos enanos y a ratos parece que sostienen una fiesta japonesa de farolitos minúsculos que echan una luz neutra. Un niño preguntaría lo que significa este nidal de pájaro extraordinario que no desova en tendedura sino en vertical. La criadora me cuenta que la niña suya estaba segura de que las estrellas se formaban en el desván primero y subían después a ser la Osa Mayor, Sirio y otras cosas ardientes... La chica acertaba con una verdad: el color preciso del capullo, es el de la luz de la estrella. Capullo a capullo, el matiz se afianza o se empobrece: uno es rotundamente dorado y el vecino suyo blanquea.

Este tercer tiempo de la cría viene a ser el más lindo compás del espectáculo entero, y la criadora lo sabe bien cuando me deja mirarlo mayor tiempo que el vaivén de las larvas y que la mascadura.

Vuelvo a despedirme del desván de la granja. La mujer provenza del trabajo que he contado, recojo en cestas la *colgadura* y ninguna cosecha de fruta de las que yo me sé, es lo que estos montones de aire cuajado que tienen hasta este momento la calidad de su sueño y que yo tomo con no sé qué tiento de quien manosea una cosa real e inefable a la vez.

La criadora dice que hay que apresurarse. Algunas de las *tapiadas*, las más vitales, por cierto, ya han agujereado el capullo hacia un extremo, dejándolo inútil, y han escapado bien a la lejía final... Miro con la irremediable admiración que todo ladino nos da, estos cuatro capullos hueros, de los que rechaza el comercio, y me los echo al bolsillo como amuleto... Son mascota legítima: las que van a cocerse en la marmita de agua hirviendo, contaron los días; estas alertísimas contaron las horas, y le hicieron a la fatalidad una zancadilla de Rinconete.

El montón de las condenadas, parva dulcísima, que vale lo que el lomo de la Juno dormida, espera a la escaladora sin saber nada, a pesar de su instinto de diez mil años.

Aunque la obrera rezongue de mi holgazanería, me voy sin ayudarla en semejante menester, antes de que ella haga, abajo, el vaciado en el agua hirviendo; al cabo ella que es la dueña del logro, puede cargar con su delito de cada primavera sin dividirlo conmigo.

G a b r i e l a M i s t r a l

Bedarrides, julio de 1929.

Estampas

Pensemos en Nicaragua...

Pensemos en Nicaragua intervenida. No hagamos escarnio de su hora histórica. Simplemente pensemos en que es una agonía amarga, sentida por el nicaragüense con tanta intensidad que, sin fe en sus propios hombres, busca el lazarillo en suelo ajeno. Palpa espesa e impenetrable la tiniebla en que lo tiene sumido la intervención extranjera. Esa ceguera le impidió ver la trascendencia redentora de la rebeldía del soldado que hoy refugia fracaso y desilusión en suelo mexicano.

La enseñanza del calvario de Nicaragua está muy cerca de nosotros y debemos recogerla todavía en su vaho trágico de sangre. Estremezcámonos. Rompamos la modorra que hemos encubierto con la vestidura de paz envidiable. Que no se haga para nosotros la oscuridad que nos obligue a echar mano del lazarillo de afuera. Destaquemos nuestros propios espíritus fuertes. Démosles el aliento constante que los mantenga en actitud vertical. Fortalezcamos nuestras instituciones. Fundemos las nuevas, influidas de las ideas fundamentales de los tiempos. Seamos previsores.

Pero no nos engañemos. Trabajemos en firme y tenazmente. Probemos a cada instante nuestro anhelo por alejar el peligro que esté pronto a devorarnos. Opongamos a la amenaza una sola aspiración de libertad que la fulmine. Cuando el capital esclavizador se concentre en el país y lo veamos como ahora, metiendo en el fondo de un laberinto impenetrables fuentes de civilización como la de la electricidad, forjemos el hilo y guiemos por él el exterminio. No podemos ser indiferentes a un negocio semejante. La electricidad tiene que ser nuestra, porque es la fuerza que ha de liberar o de avasallar a los pueblos en un futuro ya visible. El capital extranjero que ha venido a monopolizarla está sometido a nuestra implacable condenación. La barrera limitadora se le tendió ya con la ley de nacionalización de la electricidad. Pero no pára allí el esfuerzo.

Hemos de dar tal apoyo a la institución del Servicio Nacional de Electricidad, que se convierta en el ejecutor ideal de las bondades de la nacionalización. De nuestra conducta dependerá que él sea demonio o angel. Si lo queremos un aparato al servicio de la esclavitud, llenémonos de indiferencia, tumbemos los hombres de honor que lo sirvan en el presente y los que han de servirlo en lo por venir. Mas si está en nuestras almas la aspiración de darle vitalidad, conduzcámonos con juicio y virilidad.

Acaba esa institución de formular el plan para recaudar el dinero de la obra que dé a la capital otros hilos conductores de electricidad que no sean los del monopolio esclavizante. Muchos se preguntarán, escarmentados por las especulaciones, si hay seriedad y firmeza en el proyecto. Esas dudas las alentará el monopolio siguiendo su intento feroz de adueñarse del campo sobre el cual ha clavado la garra. Pero al ciudadano hay que despertarle su conciencia a la comprensión de que el país afronta un negocio trascendental. Las voces justas y honradas han de hablar. Dejándose oir regarán confianza. De este modo todo el dinero que el Servicio Nacional de Electricidad pide a los costarricenses y a los extranjeros que nos quieran ennoblecidos y dignos, llegará sin dificultad a sustentar la obra decisiva.

Démonos cuenta de que Nicaragua sucumbe porque el capital esclavizador se ha ido infiltrando en todas sus fuentes de riqueza. Procedamos de distinta manera los costarricenses. No nos enajenemos. Hagamos que las leyes previsoras cobren dominio. Y sobre todo, vigilemos, no nos amodorremos. Todos los problemas vitales deben encontrarnos despiertos, poseídos de un espíritu vigilante, activos, implacables para condenar las maniobras de la esclavitud. Sólo así estaremos en condiciones de elegir para el gobierno de la nación a las mentes selectas. De ellas depende nuestra economía, nuestra cultura, nuestra salvación como pueblo digno de ser estimado. La mejor prueba a que el ciudadano puede someter a los hombres que aspiren o tengan condiciones para el gobierno, es la de colocarlos frente a estos problemas que van criando la incursión del capital extranjero organizado para el vasallaje. La idea generalizada es la de que todo capital riega riqueza. El hombre de negocios, idéntico en su visión al hombre de finanzas, apegado a ese principio engañoso acepta el inmenso bien prodigado por ese capital y juzga que no debe un país hacerle reserva alguna. Es un hombre peligroso para el gobierno y para fuera del gobierno. Generalmente el capital se sirve de este tipo de hombre para librar sus luchas en el país a donde llega.

Y le resulta un instrumento de primera fuerza, porque, si maneja la pluma, escribe; si es politico, llena de puentes los escollos, lo que el capital juzga escollos, no siendo sino las defensas de una ley. Si ejerce gobierno, su papel es doblemente funesto, porque, o mete todas aquellas leyes que robustezcan el capital conquistador, o, si el país se defiende e impone sus medidas prevísoras, las estorba o las deja morir. Por eso afirmamos que la gran piedra de toque en manos del ciudadano es la de poner frente a los problemos creados por el capital movido desde las organizaciones conquistadoras de afuera, a los hombres a quienes hay que dar gobierno, y a los que aspiran a tenerlo. ¿Qué piensan? ¿Cómo los afrontan? De la conducta que sigan depende la exaltación o la condenación que precisa hacer de ellos.

Nosotros tenemos en grande esos problemas y hay campo anchuroso para examinar a traves de ellos a todos nuestros hombres. No somos un país libre de grandes amenazas. Tal vez si, un pais en donde se han podido detener providencialmente, o por la visión de espíritus fuertes. Frente a ellos reflexionamos en la hora en que se quiere presentar al país en una orfandad piadosa. Los plañideros encauzan todos sus ruegos hacia el regreso de hombres totalmente terminados. ¿Es posible desear tal cosa después de tantos años de afirmar que Costa Rica es un modelo de civilización y de cultura? ¿O es que todo ese vocerío se ha levantado para sorprender engañosamente la credulidad extranjera? Si hemos podido pasar por país en donde las ideas de todo tiempo

nuevo han hallado suelo arado para fecundar, probemos que no es ello superchería, rompiendo esa terrible superstición creada en torno a los hombres que ya nada tienen que ver con el gobierno del futuro. Digamos si la cultura de que hacemos alarde ha podido formar hombres de orientaciones modernas. Si fracasamos en ese examen, entonces nuestro deber no será nunca ponernos de rodillas a suplicar el regreso de quienes tuvieron gobierno. Será, sí, anatematizar a esos hombres y precipitarles el ocaso en que van sumiéndose. El mando del país no lo recibieron para dar expansión a sus vanidades o a sus odios. Se les juzgó influidos de ideas de cultura y de civilización. Si no las tuvieron y el resultado es al cabo de los años una crisis total de hombres, sobre ellos hay que cargar esa tremenda responsabilidad.

Pero, el aspecto sombrío sólo lo notan las mentes aldeanas que miden con su propia incapacidad a los demás hombres. El país no está en orfandad. Hay hombres a quienes debemos darles gobierno. Trabajan en diversos campos. No son por cierto los que el aldeanismo juzga de importancia. Van todos esos varones fuertes dando batalla a la defensa de la nación. Cuando pensamos en lo que el Servicio Nacional de Electricidad, se empeña por hacer, comprendemos que los que allí trabajan son dignos de exaltárseles. Y así en otros campos.

Pensemos en Nicaragua para no caer en el mal de tener que buscar lazarillo de afuera que nos ayude a salir de la tiniebla en que pueda sumirnos la falta de juicio y de virilidad

Juan del Camino

Cartago, 7 de octubre de 1929

La salitrera

= De *Nacionalismo continental*. Madrid. 1925 =

I

La pampa salitrera está situada entre los caminos del Inca y el mar. Un acantilado áspero, vertiginoso, es la fisonomía de la costa. El desembarco se hace difícilmente en el embate constante de las olas. Un tren británico nos lleva por unos valles estrechos de color metálico, que reverberan al sol. Los colores de esos valles cambian, pero siempre tienen dureza de metal. Poco a poco, tras los faldeos, sin señales de vegetación, se ve una llanura lisa que parece el fondo de un mar seco o, mejor, un terreno devastado por el fuego: es la meseta salitrera, cubierta de una materia muy dura, como lava. En los trabajos del caliche suelen encontrarse momias de indios perfectamente conservados. En general, toda esa tierra es como un cadáver de tierra, como una momia. El paisaje, silencioso, ensimismado, anestesiado, es un paisaje que ha mascado la coca. Todo convida a la meditación y la tristeza. La gente piensa lentamente; ingenuamente, y hasta las historias banales, como ésta que voy a relatar, tienen una ilusión, un hechizo de espejismos en la memoria.

Turba el silencio de esas soledades los estampidos intermitentes de la pólvora que hace volar la capa pedregosa donde se oculta celosamente el salitre. Son los cañonazos del capitalismo, de la guerra en la paz. Ya en la noche sólo se escucha ulular al viento, que, pasando por los alambres del telégrafo, hace vibrar a las casas de madera como guitarras.

El salitre sigue el camino del mar y es aceite también, que contribuye a las luminarias de Europa.

Los chilenos, que han sabido mantener en América las características del conquistador, exploraron el salitre y lo conservaron por la guerra del 79, que fué una hazaña de conquistadores sobre dos Repúblicas donde prevalece el indio.

La oficina *Julia* fué descubierta por un cateador chileno el año 75 y vendida el 88 a un comerciante inglés en 1.000 libras. Actualmente, su valor no bajará de 2.000.000.

Para demostrar cómo se trata de terrenos cadavéricos o momificados, sin ese ritmo de vida que es la lluvia y la vegetación, diré que casi en la misma latitud, en la Argentina, pasando los Andes, se encuentran los vergeles de Salta, verdadero paraíso americano.

La historia simple que voy a relatar ocurrió en la oficina *Julia*.

II

Estábamos tan aburridos y ansiosos de noticias del mundo, que, al saber la llegada de Archibaldo Dean, nos quedamos embelesados mirando a la lejanía para verle aparecer. Nadie le conocía, salvo el gerente, pero su historia era interesante. Estábamos en la oficina *Julia*, al interior de la pampa, en el extremo límite de las salitreras, el territorio más desolador que haya conocido en mi vida. La Naturaleza supo esconder su tesoro.

Archibaldo Dean tenía una historia simple y lamentable. Hijo de un capitalista salitrero de Londres, había llevado una vida licenciosa desde los veinte años, época en que renunció a seguir sus estudios en Oxford. Se enamoró de una artista de Londres, una simple *chorus girl* del Empire o del Gaity, y quiso casar con ella, decisión que sus padres impidieron. La historia era de lo más banal; después de vivir algunos años con la bailarina, gastándose una fortuna, ésta le abandonó, con gran júbilo de los padres, pero el pobre Archibaldo se entregó a la bebida. Era un caso definido de alcohólico, según nos dijeron. No hubo sanatorio en Europa capaz para él, y sus padres decidieron entregarle al capitán del *Orita*, que le llevó directamente a Antofagasta, de donde había de pasar a la oficina *Julia* a cargo del gerente, con la consigna de impedirle en absoluto la bebida. Y no era broma una consigna para ese inglés tenaz y férreo que era el gerente míster Byers.

Nosotros nos reíamos pensando que en Inglaterra pretendieran sanar a uno del vicio en las salitreras. ¡Vaya ingenuidad! ¡Considerábamos a Antofagasta y toda la región salitrera como la academia de la bebida! De Iquique y Antofagasta, salieron precisamente las combinaciones de selectos alcoholes que sirven en los innumerables *bars* de Chile, *whiskey sawer*, color ámbar espumoso, hasta el ópalo mortífero del ajenjo.

Archibaldo debía llegar a las ocho de la mañana, y, sin embargo, a la una, con un sol quemante, no teníamos noticias de él. A las tres, siempre mirando por las ventanas, sentimos un galope cercano, o creímos sentirlo; vimos una polvareda y hasta la silueta de un jinete. Era un miraje, un miraje del desierto, y Archibaldo no llegó. Quizá sería la misma polvareda de su propio caballo, pero a quién sabe cuántas millas de distancia.

Por fin cayó la tarde, la abrumadora tarde de la pampa, como una mortaja. El cielo tenía un color amarillo sucio, como niebla de sol, aunque parezca una paradoja. La casa de madera crujía desesperada. Era sábado, día de pago, según era costumbre en la oficina *Julia*. Yo mismo ayudaba en esa

faena interminable. Hombres venidos de todas las regiones, pasaban por la caja estirando sus manos callosas; veíanse obreros forzudos y rubios del centro, caras cuadradas y pelos erizados de Arauco; mozos fornidos de la costa y también bolivianos, con esa mirada pavorosamente insensible del Altiplano. Entre esos hombres que acudían a pagarse, llamaban la atención algunos más lampiños, con los pantalones ajustados a las formas, a pesar de anchos. Al principio, cuando llegué a la *Julia,* me llamaban la atención esos obreros un poco angostos de hombros y con la voz atiplada. Después supe que eran mujeres bolivianas con pantalones. Esas hembras de hierro hacían faenas magníficas; algunas de ellas podían con más de cien kilos sobre sus espaldas.

Después de cobrar sus salarios, los obreros seguían en filas indias, de a uno en fondo, silenciosamente, como habían venido; se iban quién sabe adónde, a sus casas, a sus chamizos, a la pulpería...

La pampa, la pampa inmensa y desolada, el panorama de astronómica grandeza, tenía una melancolía contagiosa en las tardes. Y sentíamos entonces un deseo loco, un gigante deseo de beber. La tarde era la hora de esa mala bruja que nos alegra, nos desnuda, nos acerca el pasado y nos engaña con ilusiones. Era la hora funesta e inevitable del *trago.*

El ruido vibratorio del alambre del telégrafo y del teléfono se escuchaba sordamente entonces como el rumor de la Humanidad, cuyas noticias iban a sacudirnos todas las mañanas. Nadie sabe el poder de las noticias del mundo si no ha vivido en los desiertos. Por eso esperábamos ansiosamente a ese Archibaldo cuyo drama banal conocíamos.

En esa oficina éramos cuatro amigos, náufragos de la vida del *centro,* náufragos de la sociedad de Santiago. Casi todos los empleados que llegan a la pampa son un poco náufragos. Cada uno de nosotros tenía su historia. En esa soledad, nuestro novelista era Gorki, Baroja o Dostojewski.

Juan Labarra, el mejor compañero, hombre de treinta y cinco años, encendió la pipa y vertió en los vasos la primera dosis de *whiskey,* de puro *whiskey* escocés. Empezaba la danza de todas las tardes. Eran las seis y media, y a las ocho era indispensable que vistiésemos el *smoking,* porque míster Byers quería esa fúnebre solemnidad del *smoking* todas las noches. Decimos fúnebre, y, sin embargo, al vernos así, después de la corrida de aperitivos, tan correctos, con los marfiles de las pecheras y las mariposas nocturnas de las corbatas, creíamos en una vida mejor. Yo me sentía invariablemente, cada noche, en otras tierras, en Londres o en París, y es que a esa hora ya no sabía, vulgarmente hablando, ni dónde estaba. ¡Oh, qué vida tan monótona en medio del oro blanco! ¡Qué vida tan igual, tan aplanadora, en el vórtice de esa riqueza que veíamos salir día a día en montones como de nieve!... Esa riqueza, en fin, iba a producir felicidades muy lejos de nosotros, como los mirajes del desierto: la veíamos sin alcanzarla.

A las ocho, minutos antes de pasar al comedor, llegó el joven Archibaldo Dean, borracho como un marinero, afrentosamente borracho, como nunca he visto a uno en mi vida. Le bajaron del caballo, le echaron en la cama, le desnudaron, y luego de hecho esto, míster Byers se encaró furiosamente con el pobre baquiano del *gringuito.*

Este era un buen capataz antiguo de la oficina y parecía confundido. Hombre narigón y barbudo, como de cuarenta años, gozaba fama de honrado y perspicaz. La sangre araucana se le notaba apenas por los pómulos salientes y cierta tirantez de los ojos. Estaba cuadrado como un militar y nos miraba a hurtadillas. El gerente avanzaba sobre él, diciéndole a gritos:

—¡Sinvergüenza! ¿Por qué le dió *trago*? ¿No sabe la consigna? ¡Sinvergüenza! ¿Cuándo le dió *trago?*

—Yo no le he dado, señor—replicaba, *chupalla* en mano.

—Pero ¿cómo se curó?

—No sé, señor; yo no le ví tomar.

—¿Pero en alguna parte se bajaría del caballo?

—No le ví, señor—decía el hombre, con acento de sinceridad conmovedora, mientras revolvía el sombrero con las manos, hinchadas en el trabajo.

Después, fueron a examinarle las maletas, las alforjas, la montura y no encontraron nada. Nosotros nos reíamos solapadamente, y míster Byers nos echaba miradas terribles.

La mañana siguiente, míster Byers fué muy temprano a mi habitación, que era contigua a la de Archibaldo, y luego de contarme, por segunda vez, la historia del muchacho y los motivos que le llevaron a la salitrera, me encargó que le vigilase. Desde ese día, yo no tendría en la *Julia* más trabajo que vigilar a Archibaldo.

Quedé encantado, y mis amigos me felicitaron. El *gringo* era simpático, alto, con una cara seria, poseía una educación perfecta. No tenía ni rastros de la borrachera de la víspera. Afeitado, bañado, con un traje negro, por ser domingo. Nadie le hubiera tomado por crapuloso, al verle la cara lisa, donde la máquina *Gillette* dejara un viso rosado.

Cuando el reloj de campana Westminster, vertió siete campanadas, como lágrimas de la tarde, empezamos la consabida serie de aperitivos. Al llegar la bandeja frente a Archibaldo, éste dijo, con dignidad inolvidable:

—Yo no bebo.

Hablaba poco, sujeto por la obsesión. A mí y a los compañeros nos venían irresistibles deseos de dejarle beber, de darle su dosis para olvidar; pero nos jugábamos el porvenir.

Dieron las ocho, y llegamos al comedor, correctamente metidos en nuestros trajes de etiqueta. ¿Cuál no sería el asombro de todos y la consternación mía, al ver que Archibaldo llegó a la mesa que no podía tenerse de borracho? Míster Byers entró en una cólera violenta y nos hizo salir del comedor. Archibaldo, con la borrachera alegre, agitaba la servilleta burlonamente, pero sin manifestar miedo ni asombro.

Se acostó, y al día siguiente empezó la nueva jornada, igual que siempre. No perdí de vista a Archibaldo, ni le dejé un segundo. Era un muchacho elegante y aseado; al mirarle las maletas, ví que traía ropa para más de un año, jabones ingleses por centenares, tabaco en cajitas, cepillos, palanquetas, retratos y algunos frasquitos de Odol para los dientes. En la cabecera de su cama, puso el retrato de Lily, *chorus girl,* una de esas chicas bonitas que los ingleses manejan para su uso personal y que, poquísimas veces, salen de las islas.

Las ocho dando, Archibaldo, a pesar de mi vigilancia, estaba tan borracho que no pudo moverse de su habitación. Hicimos un registro general y no encontramos nada. El gerente estaba como loco, y, temiendo una jugada de nuestra parte, hizo esconder todo el alcohol de la oficina. La enfermedad del *gringo* iba a privarnos a nosotros del hada rubia, del *whiskey.* Ya no podríamos tender esa gasa vaporosa entre la tarde mortal y nuestros espíritus.

Pero al día siguiente, puntual como siempre para el caso, Archibaldo estaba ebrio a las ocho.

Llegamos a pensar en un caso fantástico, en un fenómeno patológico. ¿Acaso ese hombre habría tomado tanto alcohol en

su vida, que la agitación del día le produciría las borracheras de la noche? Estaba impregnado. Así pensamos: que estaría impregnado.

Hice un agujero en la pared para mirarle cuando entraba a vestirse, y nada noté.

Finalmente, el pobre Archibaldo amaneció muerto, intoxicado. Llevaba quince días, desde el primero hasta el último, emborrachándose a las ocho en punto.

Llegó el doctor de la pampa y quedó perplejo: la cama de bronce que trajo el *gringo* de su tierra era un depósito de *gin*. Sacando la perilla de una pata, dijo al gerente:

—Acérquese, es *gin* puro.

El gerente dió un salto, después de oler. Estaba lívido, pero no sabía qué decir.

Quedamos consternados y confundidos. El cadáver del pobre Archibaldo no se descompuso; como que estaba impregnado.

El alcohol lo durmió para siempre; sus ojos quedaron detenidos en un extásis de olvido.

Cuando lo enterraron, saqué el retrato de Lily, vestida ligeramente, con cintas en la cabeza y un bastoncito en la mano. *Chorus girl* en la revista del Empire. ¡Maldita mujer, que produjo esa desesperación tan grande en Archibaldo Dean!

Esa tarde, los náufragos de la oficina *Julia,* bebimos la corrida matadora, mirando los crespos dorados de Lily en su retrato. Era una visión de arte. Al frente estaba la pampa, blanca, igual, monótona, atrayendo la vista como un abismo.

Y nos vestimos de *smoking*, como siempre; en las salitreras se exije esta nocturna comedia a los empleaditos del capitalismo. Eramos los trágicos polichinelas del nitrato, casi más infelices que los obreros, junto al oro que fluye en cataratas para contribuir al lustre de las capitales europeas.

¡Pobre *gringo!* Archibaldo nos llevó a nuestro destierro la ansiada noticia del mundo. Bebimos otra y otra vez, escuchando los rugidos del viento.

Uuuu... Uuuuu..., hacía el viento, tocando las trágicas cuerdas del telégrafo y del teléfono.

Joaquín Edwards Bello

México en 1935

El Presidente Vasconcelos

y 2.—Véase la entrega anterior

Para terminar este ligero vistazo al más espléndido panorama administrativo que se puede presentar en nuestra América, veamos cómo han sido resueltos dos magnos problemas: el Problema Obrero y el Problema Agrario, que de la letra escrita de los famosos artículos 27 y 123 de la Constitución Política Mexicana han pasado a ser triunfantes realizaciones en la vida nacional.

El artículo 123 constitucional, que contiene comprimido un verdadero Código de Trabajo, raro en una Carta Magna, ha sido desarrollado en sabias leyes orgánicas, en las que se ha incorporado la flor de las conquistas del Proletariado universal y las peculiaridades del pueblo mexicano. El Gobierno está atento a todas las palpitaciones del corazón obrero. Mantiene en Ginebra una Delegación Permanente encargada de dar en seguida cuenta al país del curso de las labores de la Oficina Internacional del Trabajo, cuyos acuerdos son inmediatamente convertidos en leyes, en caso de adaptarse a la idiosincracia mexicana.

Las principales bases sobre las que se asienta y gira la vida obrera de México, son las siguientes:

Jornada máxima de ocho horas en el trabajo diurno; y de siete, en el nocturno, del cual son excluidos los menores de diez y ocho años y las mujeres de toda edad.

Los jóvenes mayores de catorce y menores de diez y ocho años tienen seis horas como jornada máxima. Los menores de catorce no pueden ser admitidos en ningún trabajo.

Descanso semanal obligatorio.

Protección decidida y eficaz a las madres obreras.

Salario mínimo. Se considera como tal el que sea necesario para sostener las necesidades materiales y espirituales y los placeres honestos del obrero, considerado como jefe de familia. Además, en toda empresa agrícola, mercantil, fabril o minera tienen los trabajadores participación en las utilidades.

Amplias indemnizaciones por accidentes de trabajo, y previsión de éstos, por la obligación impuesta a las empresas de observar en sus establecimientos los preceptos legales sobre higiene y salubridad y adoptar las medidas adecuadas para prevenir los accidentes en el uso de las máquinas, instrumentos y materiales de trabajo, asi como para organizar de tal manera éste que resulte, para la salud y la vida de los trabajadores, la mayor garantía compatible con la naturaleza de la producción, bajo las penas que, al efecto, establecen las leyes.

Derecho a los obreros para coaligarse en defensa de sus intereses, formando sindicatos.

Derecho a las huelgas, siempre que éstas sean justificadas.

Las diferencias entre patronos y obreros son sometidas a un Tribunal de Arbitraje, formado por igual número de obreros que de patronos y un representante del Gobierno.

Derecho del obrero a indemnización por descuido injustificado.

Prelación de créditos a favor de los trabajadores, por salarios y por indemnizaciones.

Extinción total, por causa de muerte, de la deuda que pudo haber contraído el obrero; deuda que, en ningún caso, puede ser exigida a sus herederos.

Todo contrato de trabajo en que se estipule la renuncia de parte del obrero a sus derechos es completamente nulo.

Prohibición absoluta de la prisión por deudas y por costas procesales.

Funcionan, en el Distrito Federal y en los Estados, Bolsas de Trabajo para colocación de los obreros, quienes no tienen que abonar comisión alguna. Los brazos humanos no son considerados ahora, como lo eran antaño, como una mercancía, sino como los colaboradores de tanto o más valor que el capital para dar vida a las empresas humanas.

Se ha creado el patrimonio familiar, compuesto de bienes inalienables, inembargables y exentos de toda tributación por pequeña que fuere.

Funcionan con los más benéficos resultados, Cajas de Seguros Populares, de Ahorros, de Invalidez, de Accidentes y otras análogas. El Gobierno ha creado, en suma, la previsión popular.

Asimismo se han fundado numerosísimas Cooperativas de consumo, y barriadas obreras formadas por casas higiénicas, atrayentes y baratas, que son adquiridas en propiedad y pagadas sin sentir, por los trabajadores.

Socialista sincero, sin ribetes de seudobolchevismo, el Presidente, que ha vivido obsesionado por mejorar la existencia de los trabajadores y que él mismo es y ha sido durante toda su vida, ante todo y sobre todo, un trabajador asombroso, sabe del dolor de los de abajo. Hijo de un honorabilísimo funcionario ferroviario, de don Ignacio Vasconcelos, de veneranda memoria, observó en su adolescencia cómo se debatían los obreros en el horror y la desesperación bajo la férula implacable y cruel del viejo sátrapa Porfirio Díaz. Esas primeras impresiones se le grabaron en lo profundo, y ha constituído en él una obsesión vehemente el ver al obrero libre de la explotación, de la sombra y del dolor. Ya lo ha conseguido, sin ahogar ninguna libertad, sin imponer tutelaje ninguno; pero sí con sincera intención de servir los intereses de los oprimidos. Antes que el padre, Vasconcelos es el hermano de todos los humildes.

* * *

El problema de los problemas, el problema agrario, clave de toda economía, está, por fin, resuelto victoriosamente. La repartición de las tierras ha sido la causa, la médula, el fundamento de la Revolución Mexicana. Madero se levantó contra una Dictadura de bronce al grito de *Ley y Tierras*. No pudo dar ni una vara de tierra, cuando la tierra se lo tragó a él. A poco de su triunfo fue traicionado y sacrificado por un asesino miserable. Luego, el período carrancista fue una especie de francachela de los pistoleros que rodeaban al Primer Jefe. El primero en intentar la reforma agraria fué el General Obregón. Se trató de acabar con el latifundio; y resultó, al fin de cuentas, siendo el propio Obregón uno de los mayores latifundistas. Después, no se hizo gran cosa, ya que en el año 28, apenas un dos por ciento de las tierras mexicanas habían sido repartidas entre los campesinos. Y para eso se había desgranado, en el campo del agrarismo, gruesas mazorcas de atentados, de abusos y tropelías. El actual Presidente, repartiendo con mano de patriarca, ha dotado de ejidos a todos los pueblos de la República, y de parcelas a todos los cultivadores. En ningún país del Continente se ha difundido tanto la pequeña propiedad. En el inmenso agro mexicano no tiene tierras ahora sino el que no quiere cultivarlas. Se han repartido millones de hectá-

reas. Y, sobre todo, se han derramado sobre ellas capitales y técnica. Con la multiplicación de los Bancos Ejidales y de los Bancos Hipotecarios, se ha desarrollado enormemente el crédito agrícola, sin el cual es imposible todo progreso de los campos. Al mismo tiempo, se ha construido y se ha importado en grande escala maquinaria agrícola. Ha desaparecido para siempre el arado de palo del tiempo de los aztecas. Se ha introducido por millares de millares el arado de discos, el tractor automóvil, las sembradoras, las trilladoras, las piladoras, las desgranadoras y tantos otros implementos de labor. Su vasto anhelo mesiánico de ver al hombre libre del esfuerzo doloroso que le imponen las fuerzas naturales, va realizándolo Vasconcelos como por milagro. El campesino mexicano ya no es el ser abyecto, sombrío, torvo y envenenado de antes; el campesino mexicano es un ser consciente, laborioso y alegre.

Debido a todos los factores que acabamos de mencionar, la producción agrícola ha quintuplicado en el último lustro. No se importa ya nada de productos alimenticios de primera necesidad; y después de abastecido con amplitud el mercado interior, se exporta el remanente, sólo el remanente, que es controlado por una estadística sensibilísima.

Después de un engarro que ha durado tantos siglos, el águila ha logrado destrozar a la serpiente. Huitzilopochtli ha sido para siempre aniquilado y ya impera en el Anáhuac el espíritu de luz de Quetzalcoalt.

El pueblo mexicano es feliz, en la medida de la relatividad en que podemos serlo los hijos de los hombres.

* * *

¡Y pensar que este sueño venturoso estuvo a punto de romperse, que esta visión deslumbradora iba a esfumarse, que estas realizaciones gloriosas estuvieron bordeando los tremedales del fracaso! El despeñadero por el que se había precipitado la política mexicana en los años 27, 28 y 29, fué, en verdad, horrible. Las hecatombes se sucedían a las hecatombes, en tempestades de tragedia. El fusilamiento sumarísimo era un instrumento usual de política interna. Uno a uno habían ido cayendo, acribillados a balazos, los candidatos a la Presidencia y sus lugartenientes, en número horripilante. Ya no quedaba ningún caudillo.

Fué entonces cuando, envuelto en claridades, saltó a la liza costrosa de sangre, bilis y barro, el Maestro de América, y dijo sencillamente:

—«¡Aquí estoy yo!»

La América española le contempló con emoción y le cubrió con su gran sombra protectora. Los más altos espíritus de la raza enviaron calurosos y fraternales mensajes al hombre heroico, solidarizándose con sus ideales políticos. Y no faltaron las plañideras, que empezaron a decir: «¡Que le van a matar, que va a malograrse el gran hombre!; que no debía haberse metido en semejante fregado; que su reino no es de este mundo; que cuide México, que cuidemos todos de la vida de Vasconcelos»... y cosas lastimeras así por el estilo.

¡Lamentaciones derrotistas! El pueblo mexicano será todo, hasta una «locura del sol», que dijo un poeta. Pero no es un pueblo suicida. Además, la naturaleza es sabia: no forja hombres como éste para malograrlos. El anterior Ejecutivo de la Unión cumplió su palabra empeñada solemnemente, en diciembre de 1928, de no intervenir en la función electoral. Los otros candidatos lucharon caballerosamente. El pueblo mexicano tuvo la suprema intuición del latido nacional; y, en medio de la expectación anhelante de la América, eligió a José Vasconcelos para ocupar el solio de Benito Juárez. Fué un caso como el de Madero, con la felicidad ahora de no haber tenido el epílogo doloroso, sino el triunfo esplendoroso. El apóstol Madero se levantó, solito, contra una tiranía de estigmas medioevales. El apóstol Vasconcelos alzó su frente serena contra un sistema de violencias. El pueblo decidió, eligiendo al mejor, con ese instinto certero que tienen los pueblos en los momentos de crisis, y que no es otra cosa que el mismo instinto de conservación, una forma del eterno triunfo de la vida.

«José Vasconcelos, hombre desconcertante en el pensamiento y en la acción fecundos, desconcierta también con su sencillez, con su humana simplicidad, de hombre grande. Sí, no hay duda, este hombre sin detonación y sin estrépito, que desconoce la *pose* de los simuladores y habla el idioma de todos los hombres, es el Maestro de América, de nuestra América, que anhela definir su ideal y trazar su camino. Su señorío personal está ahí: en que es simple y sencillo, con simplicidad y sencillez auténticas.» Estas palabras escritas hace cosa de seis años por Benjamín Carrión, uno de los mejores, quizá el mejor exégeta de la personalidad y de la obra vasconcelianas, están vivas y en pie. El aire enrarecido de lo más alto de la cumbre no ha marchitado en el hombre extraordinario las flores de la modestia ingénita. «Le invito a que venga a ver lo que se ha hecho», nos escribió. Lo que se ha hecho, así, es impersonal. Ayer nos decía: «Estoy deseando dejar esto para lanzarme a viajar por los rumbos bellos del planeta y, después, sentarme a escribir una *Metafísica*.» «Esto» es la Presidencia de la República, que no es ni ha sido nunca un lecho de rosas.

¡Creaciones innumerables las de este «Apresurado de Dios», como le ha llamado la excelsa Gabriela Mistral! Lo único que él no ha hecho es política menuda, personalista, bizantina, a la antigua usanza. Le falta menos de un año para dejar la primera Magistratura; y esta es la hora en que él, sinceramente, no sabe quién va a ser su sucesor. Por fin es una realidad aquello por lo que tanto se ha bregado en México: *Sufragio efectivo. No reelección.*

Impresionados con su alto ejemplo, absortos ante la obra portentosa, todos los Gobiernos del mundo han tratado de condecorar al Presidente de México con los más altos galardones. Vasconcelos no ha aceptado nada. «No quiero cintajos», nos dijo el otro día, cuando de ello hablábamos.

El viejo poeta Chocano, que tan fieramente atacó a Vasconcelos, en 1925, cuando éste estaba políticamente caído, ahora, poniéndose como de costumbre, del lado de los triunfadores, acaba de desfundar su lira turiferaria, descolgándose nada menos que con un poema épico en cinco cantos, en loor del apóstol mexicano, titulado: *La Epopeya de la Cultura*. Al leerlo Vasconcelos ha sonreído. Se ha acordado de su artículo de antaño titulado: *Poetas y Bufones* y ha tirado los versos al cesto de los papeles.

El palacio de Chapultepec, la áurea residencia de todos los Jefes del Ejecutivo, Vasconcelos lo ha destinado a Museo Etnográfico mexicano. Y continúa viviendo en la casita de Tacubaya que heredó de sus padres, y que es lo único que tiene, después de haber manejado centenares de millones de pesos y de haber repartido millones de hectáreas al pueblo desposeído.

Detesta aquellas cosas heladas e idiotas que se llaman fiestas de sociedad, fiestas oficiales, fiestas diplomáticas. Ni para recepciones, ni para banquetes, ni para bailes, ni para tés, él se presta jamás. Menos ofrecer él esas mojigangas. Sus fiestas son al aire libre, con los niños, con los indios, con las mujeres del pueblo, con los obreros, con los estudiantes, resucitando las antiguas danzas y haciendo llegar hasta Dios mismo, en la elevación del canto, el idioma de Dios. ¡Oh, fiesta inolvidable la de que gozamos con él, el domingo pasado, en la Rotonda de Chapultepec! Cantaron coros de obreros y estudiantes de más de cinco mil voces. Sobre un tablado amplio se bailaron bailes mexicanos, españoles y de países de nuestra América. Fué una maravilla de ritmo, de alegría, de color. Las orquestas Sinfónica y del Conservatorio Nacional ejecutaron un estupendo programa de Wagner, de Beethoven, de Bach, de Rimsky Korsakow. En alas de esas supremas armonías se elevaba el adorable espíritu de Ariel, triunfante ya para siempre del grosero Calibán.

Una de las cosas que molestan más a este Presidente es que le llamen Excelentísimo Señor. Se inmuta cuando algún palaciego se lo dice.

No es *seco*. Tampoco es *húmedo*. En su mesa vegetariana gusta paladear un buen vino con una sobriedad elegante. Y cuando tiene mucha sed, bebe un bock de cerveza. No es prohibicionista. En la noble campaña emprendida por todos los pueblos civilizados para acabar con la repugnante plaga del alcoholismo, no podía faltar el contingente del estadista sin par. Las leyes mexicanas de represión del alcoholismo son una verdadera maravilla de respeto a la libertad humana, de tino, de perspicacia, de psicología. «El remedio, ha dicho Vasconcelos, está en liberaciones; nunca, en prohibiciones. Contra el alcohol, vino; contra el alcohol, libros; contra el alcohol, fruta; contra el alcohol, alegría.»

Despacha en el Palacio Nacional; y al término de su abrumadora labor diaria, sale, cerrada ya la noche, acompañado de un grupo de amigos o solo. No se diferencia, en el vestir, de cualquier empleado de palacio. Va a pie. No es alto ni bajo. Su rostro, en el que, fuera de la amplia frente, ninguna facción resalta, es blanco y traslúcido. Parece un celaje.

Camina mirando a lo alto, dialogando con el infinito, esperando el mensaje celeste, «que baje la paloma de Dios», como él mismo dice.

El gran hombre está al ras de los cincuenta años y en el apogeo de su genio.

De palacio va a dar un recorrido a las librerías, inquiriendo las nuevas obras. Frente a los escaparates, ante el misterio de las almas hechas letra, se queda unos instantes, pensador y pensativo. Luego entra, adquiere el volumen o volúmenes que le interesan, y con ellos al brazo se va a su hogar, en un taxi y, muchas veces, en tranvía. Los autos de la Presidencia los cedió a los maestros misioneros.

Al verle, las gentes dicen con cariño admirativo: «¡El Licenciado! ¡El Licenciado!»

¡El Licenciado! Escaso título para tanta gloria. Licenciado es cualquier leguleyo. Llamar Licenciado a Vasconcelos es como llamar General a Bolívar.

¿Quiere decir todo esto que él es infalible? ¡Ah, no! Ha cometido errores y algunos no menudos. Pero con tal suerte que de errores iniciales se han convertido en éxitos finales. Además, con sus rectificaciones a tiempo él sabe rescatar sus propios errores. No hacemos relación de ellos, porque ya bastante se lo echan en cara, todos los días, agrandándolos, sus enemigos, aprovechando de una libertad de prensa tan absoluta, como hasta ahora no la ha conocido la América. Este escrito nuestro es cariñoso, es efusivo; y después de todo, imparcial. Habrá hipérbole; pero hay casos raros en que la hipérbole es la única expresión adecuada del juicio. Y éste es uno de esos casos.

* * *

El Presidente está deseando marcharse, partir, arrojarse al océano, ejercitando «el derecho a viajar» que él quiere que conste en todas las Constituciones. Devorador de panoramas bebedor de horizontes, terminado su arduo mandato, llegará a Europa en cualquier barco como un viajero cualquiera, alegre como un estudiante. Saltará en Lisboa. Pasará a Coimbra, con la emoción de un alumno. Irá a dialogar con el Greco, en Toledo, y con Velázquez en Madrid. Luego irá a visitar a sus amigos, los republicanos de toda España, los cuales se han organizado y cuyo triunfo es inminente, después de la caída de la ominosa Dictadura. Pasará a Francia, y la milenaria Carcassonne le verá errando por sus arqueológicos laberintos. Cualquier día irá a comer *bouillabaisse* en el *Viejo Puerto* de Marsella. Entrará en Italia. El *Ponte Vecchio* florentino le sostendrá una tarde, cabe el busto de Cellini, viendo pasar el Arno acodado a la balaustrada, en actitud del *Pensieroso*. Los rojos crepúsculos imperiales serán su domo de peregrino cuando se siente sobre una piedra resonante de siglos de la Via Appia. Un día traspasará el Propileo sacro y llegará al Acrópolis en oración de belleza. Por el *Cuerno de Oro* surcará en barca musitando una canción. Irá a golpearse la frente contra las losas del sepulcro del Señor, en Jerusalén, Después se internará en Oriente. El autor de *Estudios Indostánicos* irá a hundirse en los bosques monstruosos de la India, a interpretar la filosofía de Buda, a contemplar los prodigios de los fakires, a descifrar el misterio de los Brahmanes...

Pero, donde quiera que vaya, irá con él la conciencia de la América española.

Por el Cronista del futuro,

César E. Arroyo

México, D. F., 1935.

ENVÍO:

A usted, Vasconcelos, Maestro y amigo, le envío mi sueño cristalino. Mi fantasía y mi anhelo vehementes se han adelantado a los acontecimientos y al tiempo mismo. Los que aspiramos al dictado de escritores, no sólo el pasado y el presente, sino también el porvenir, debemos dominar. Hay que destruir la realidad, dando como válidos nuestros sueños. Y he aquí cómo, con las ideas desparramadas en los libros y en los artículos de usted, con su Programa de Oaxaca *y con nuestras conversaciones, he pergeñado esta crónica futurista. ¿Recuerda cuando le decía:—«Oiga, Pepe, ¿qué hará usted cuando sea Presidente Constitucional de nuestro México?» Usted, que siempre tuvo fe en usted mismo, me decía esto y aquello...*

Era cuando bajo el delicado cielo de Provenza paseábamos frente al mar Latino, en las tardes estivales. O, cuando en las madrugadas, a pie, como dos peregrinos, el curso del gran Ródano íbamos siguiendo.

Mi memoria ha perdido casi todos los tesoros del más alto idealismo que fluían de labios de usted; mi prosa es opaca para reflejar lo que recuerdo; y mi imaginación, pobre, para suplir lo olvidado. No importa. El triunfo es seguro. Y usted, con sus obras, hará palidecer los sueños más esplendorosos.

C. E. A.

Marsella 1929.

Por mi raza hablará el Espíritu

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

La editorial LA PROTESTA, de Buenos Aires, prosigue la edición de las Obras Completas de Bakunin. Nos ha remitido el volumen V. Se titula:

Estatismo y Anarquía

Traducción de A. Chapiro y D. A. de Santillana. Prólogo de Max Nettlau.

La Escuela activa. Su implantación en México, es el título de un folleto que nos envía su autor, el Prof. Juan B. Salazar.

Don Diego Povedano acaba de publicar:

Arausi,

novela histórica referente a los indios güetares de Costa Rica y a los mayas del Yucatán, México. Imp. y Encuadernación GUTEMBERG. San José, Costa Rica.

A este libro volveremos; es muy estimable.

Del Dr. Diego Carbonell (Caracas):

En torno a la Ciencia. Caracas. 1929.

Epígrafe: *Quod scripsi, scripsi.*

De la Legación de México en Costa Rica, hemos recibido un ejemplar (el numerado 5705) de esta obra interesantísima:

La Iglesia Católica ante la crítica en el pensamiento y en el arte. México. MCMXXIX.

Por Guillermo Dellhora. Prefacio del Dr. Atl. Ilustraciones copiosas, texto nutrido. Que llegue a muchas manos.

De los autores:

Carlos Barbosa Díaz, Prof. en la Escuela Nacional de Maestros, México, D. F.:

Principios de ética. Sociedad editora ATENAS México.

Prólogo de Antonio Caso.

A. Fabila; *Los brazos en cruz.* Editorial CULTVRA. México, D. F. 1929.

Al principio se lee: *Todo hombre que lo sea de verdad, debe aprender a quedar solo en medio de todos, a pensar solo por todos, y, si es necesario, contra todos.*—Romain Rolland.

Guillermo Bianchi (Rua Anhangabahii 119. App. 10 3.° andar. Sao Paulo. Brasil):

Apuntes Provincianos. Edit. NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1929.

Martín Adán (Corazón de Jesús, 344. Lima. Perú):

La casa de cartón. Lima MCMXXVIII.

Esta novela la dedica el autor al gran poeta peruano José María Eguren. La prologa Luis Alberto Sánchez y trae un colofón de José Carlos Mariátegui.

Juan Carlos Abella (Calle Tristán. Narvaja. 909. Montevideo. Uruguay):

Andén. Poesías. Montevideo. 1929.

Ricardo Tudela (Calle Barcala 463. Mendoza. Rep. Argentina:

El inquilino de la soledad M. Gleizer, editor. Buenos Aires. 1929.

A. de Carlo (Calle Nicasio Oroño, 1883. Buenos Aires, Rep. Argentina):

Reflexiones de un obrero. Editorial TOR. Buenos Aires.

Gustavo Alvial (Casilla 840. Antofagasta. Chile):

Olalai y sus películas. Liminar de Santiago de la Rosa. Cubierta de Zaide. Librería e Imprenta BARCELONA. Antofagasta.

Emilio B. Coutaret: *Las Malvinas restituidas.* Novela. Bs. Aires. 1929.

Alberto Romero (Santo Domingo 1307. Santiago de Chile):

La tragedia de Miguel Orozco. Ilustraciones de Emilio Alvarez. Sociedad Chilena de Ediciones. Santiago de Chile.

María Wiesse (Miraflores, Lima. Perú):

Rosario. Historia de una niña. Lima. 1929.

Antonio Herrero (La Plata. Rep. Argentina):

El puntero argentino. Exégesis de dos oraciones cívicas del Diputado nacional Dn. Raúl F. Oyhamarte. Prólogo por el Dr. Adolfo Korn Villafañe. La Plata. 1929.

Manuel Pedro González: *La vida literaria en Cuba. Carlos Loveira* y *Apuntes sobre la lírica Hispano americana. Amado Nervo.*

Dos folletos. Reimpresos de *Hispania* (California) y de la *Revista de Estudios*

Hispánicos Nueva York) respectivamente. El Sr. González es Prof. en la Universidad de California, en Los Angeles.

Guillermo Jiménez (México, D. F.) nos remite un ejemplar de la obra

Ensayo de Psicología de la adolescencia. Por el Dr. Ezequiel A. Chaves. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México.

Obra sólida, nutrida, que honra a la ciencia mexicana.

Alice Stone Blackwell es una delicada poetisa de los E.E. U.U. de N. A. Lee y traduce con primor a nuestros poetas. Acaba de sacar esta obra:

Some Spanish American Poets. Translated by Alice Stone Blackwell. Appleton and Co. New York MCMXXIX.

Con una introducción de Mr. Isaac Goldberg.

En esta antología bilingüe, Costa Rica está representada por David Hine y Roberto Brenes Mesén.

El eximio poeta mexicano Carlos Pellicer, acaba de publicar:

Camino. Ediciones Estrella. París. MCMXXIX.

Sacaremos unas poesías de esta obra, y en breve.

De don Rafael Larco Herrera (Trujillo Perú):

Veintisiete años de labor en Chiclín. Lima. 1923. (Reminiscencia y apuntes).—*Civilizaciones de la costa peruana.* Cuzco. Perú. 1926.

También debemos a la generosidad y benevolencia del Sr. Larco esta obra meritísima:

Elena Izque: *El arte peruano en la escuela.* Cuadernos I. y II.

¡Ah, quién nos diera poner cuadernos de estos en manos de nuestros niños!

Del autor:

Julio Linares: *Poemas cortos.* Managua. 1929.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en los próximos cuadernos.)

Tablero
=1929=

Una errata.—La hubo en la pág. 207 del número anterior, columna primera, renglón 32. Blanca Milanés dijo *la cerrazón* y no *el corazón.* Vuélvase a leer su noble mensaje.

Una actitud ejemplar

Alas
Organo de la Escuela profesional
Dirección

Panamá, 16 de Septiembre de 1929.

Señor don
J. García Monge,
San José.

Estimado señor:

Por el *Repertorio Americano*, se ha enterado la Directiva de este periódico de la noble cuanto plausible labor que se han impuesto los amigos del ilustre Omar Dengo, a fin de recoger los fondos para completar el valor de la casa que se ha regalado a su viuda e hijos.

Admiradoras del extinto costarricense que dio lustre a su patria, no podemos dejar de aportar nuestra contribución a la obra meritoria de ustedes, y por ello hemos resuelto enviarle el giro adjunto por valor de CINCO BALBOAS (B/. 5.00), óbolo con que *Alas* se une a los amigos de Omar Dengo, para testimoniar a sus descendientes el afecto que guardan por su memoria.

Su muy atenta y segura servidora,

Por la Directiva:

Adelaida Marina López
Administradora

Como aún faltan ₡ 1,200 para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos recogiéndolas.

Z. Z.	₡ 10.00
Efraín Arguedas Cabezas	10.00
Oscar Bahit	2.00
X	2.00
Escuela San Rafael Sur (Alajuela)	3.00
Contribución de ALAS (Panamá)	20.00
	₡ 47.00

Omitimos decir, en la reseña de los diez años del *Rep. Am.*, que también Carlos Luis Sáenz habló unas cuantas palabras cordiales, para recordarles a los maestros de las escuelas los beneficios espirituales que del *Rep.* han derivado, y seguirán derivando, como órgano de incitación hacia ideales y prácticas nuevos y mejores.

Indice de Libros

En el último número de la revista bibliográfica *Indice de Libros*—del que nos complace acusar recibo,—hay referencia de 620 obras publicadas en español recientemente y agrupadas así por materias: Obras generales, 36; Filosofía, 18; Religión, 19; Sociología, 110; Filol gía, 8; Ciencias, 86; Bellas Artes, 12; Lite atura, 255; Historia, 66.

Como, además de dar cuenta de los libros nuevos enseguida de aparecer, publica un extracto breve y claro de ellos, con el Indice a la vista, *sin salir de casa* puede conocerse la producción editorial española.

La administración de *Indice de Libros* (Prado, 14. Madrid) envía gratis un ejemplar de muestra a quien desee conocer esta útil publicación.

Boston, 24 de Setiembre de 1929.

Mi querido Don Joaquín:

Cuánto gusto me hubiera dado sentarme a la mesa con todos sus amigos a celebrar el décimo cumpleaños de una Revista que hace honor al país y a la cual debo personal gratitud. Desde aquí levanto, metafóricamente por desgracia, mi copa deseándole a Ud. y al *Repertorio* muchos años de vida.

Mario Sancho.

(Fragmento de carta.)

Referencia

Así para Mazzini como para Fichte, el primer problema era el de la salvación personal, el de la conciencia. Mazzini escribió *Los deberes del hombre*, no los deberes del ciudadano. Fichte expuso un sistema filosófico que se suele denominar, junto con los de Schelling y Hegel, *idealismo absoluto*, el cual consiste, empleando términos toscos y someros, en hacer del Yo centro y epítome del Universo.—*Cita de **Ramón Pérez de Ayala.***

José María Chacón y Calvo estuvo entre nosotros, no casi de incógnito, como os dije, sino totalmente. Metido en la Biblioteca Nacional, en casa de don Luis González Obregón, en Cuernavaca, en Toluca, en Puebla, en el Archivo General de la Nación, se fué, guardándose celosa y complacidamente los descubrimientos que seguramente hizo de datos importantes sobre Heredia. Gordo, dulce, apacible, simpatiquísimo, comimos juntos una vez, y no hubo tiempo para vernos más, apenas. Se ha vuelto a Cuba, de donde irá a su centro, que es Madrid, a sus investigaciones y estudios. Nos dijo que dirige la sección de *Antologías americanas* en una casa editorial española. Su interés por la literatura viva es conmovedor, si tenemos en cuenta que los eruditos como él suelen desentenderse del presente. Ahora nos envía de la Habana *El Documento y la Reconstrucción Histórica*, publicado por *1929* — una revista de tantas vidas como años. En próximo número hemos de ocuparnos en este libro de Chacón, con calma. Incluye en él dos conferencias, *Indias* y *Simancas*, pronunciadas en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, el 10 de febrero y el 19 de mayo, respectivamente, de este año.

(*Revista de Revistas.* México. D. F.)

Etimología

Nihilismo nos suena, o mejor nos sabe a ruso, aunque un ruso diría que el suyo fue *nichevismo;* nihilismo se le llamó al ruso. Pero *nihil* es palabra latina. El nuestro, el español, estaría mejor llamarlo *nadismo*, de nuestro abismático vocablo: nada. *Nada*, que significando primero cosa nada o nacida, algo, esto es: todo, ha venido a significar, como el frances *rien*, de rem: cosa—y como *persone*—la no cosa, la nonada, la nada. De la plenitud del ser se ha pasado a su vaciamiento.—*Cita de **M. de Unamuno.***

Mater admirabilis

=De *El Fígaro*. Habana.=

Si la hipocresía, Hombres, mis hermanos, no se insinuara tan sutilmente en nuestro pecho hubiéramos cantado menos a la Madre, y hubiéramos roto de veras las cadenas de nuestras madres. No habríamos puesto en altares—¡qué sarcasmo!—a la virgen-madre, a la madre fuera de la naturaleza, contra la naturaleza; sino habríamos reconocido su dignidad a la mujer, en su función insigne de perpetuadora y renovadora de nuestra especie. Declararíamos, por medio de nuestras leyes, que la maternidad constituye la función social por excelencia. Y nos inclinaríamos ante estas perennes vigías que, como los antiguos *cursores*, llevan en la mano y se trasmiten la antorcha de la vida. Así empiezan a reconocerlo los escandinavos, y también, ¡oh mis civilizadísimos hermanos de Occidente!, los bárbaros moscovitas.

Enrique José Varona
Habana, 10 de mayo de 1929.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica.